

12

cuentos

•

Alberto Dow



L a f l e c h a - C O L E C C I Ó N -



La flecha
-COLECCIÓN-

12

cuentos

•

Alberto Dow



L a f l e c h a - C O L E C C I Ó N -
2024

Dow, Alberto, 1923-1990

12 cuentos / Alberto Dow – Cali: Editorial Icesi, Editorial EAFIT, Editorial Cesa, Editorial Uninorte, 2024

158 páginas; 20 cm -- (Colección *La flecha*)

ISBN 978-628-7538-95-5

DOI: 10.18046/EUI/LaFlecha.2024

1. Literatura colombiana 2. Cuento literario 3. Literatura del siglo XX.
I. Tít. II. Serie

863.44 cd 23 ed.

H474

Catalogación en la fuente – Universidad Icesi



12 cuentos

Primera edición en la colección *La flecha*: abril de 2024

Título original: *Doce cuentos* (1948)

Primera edición: 1948, Editorial Etohar, Ibagué-Colombia

- © Herederos de Alberto Dow
- © Editorial Icesi
- © Editorial Cesa
- © Editorial EAFIT
- © Editorial Uninorte

Dirección editorial: Adolfo A. Abadía

Diseño original de colección: Alina Giraldo Yépes

Diagramación: Editorial Icesi.

Corrección de texto y transcripción: Olga Llanos

Impreso: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

ISBN 978-628-7538-95-5

Publicado en Colombia / *Published in Colombia*

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los editores.

Contenido

Sobre esta reedición	7
Prólogo [de la primera edición].....	9
<i>Aurelio Arturo</i>	
Presentación [de la edición actual]	13
Alberto Dow –o la palabra viviente–	19
<i>Javier Tafur González</i>	
Un crimen	25
Interludio.....	33
El vaso lleno	47
Un mal paso	57
El concierto	63
Los ojos de la gitana	71
La última prenda	79
Suite.....	87
El mal ladrón.....	95
Carta de medianoche.....	101
La sangre mala	123
El lugar de la muñeca.....	133
Notas y apéndices [sobre el autor y su obra]	145

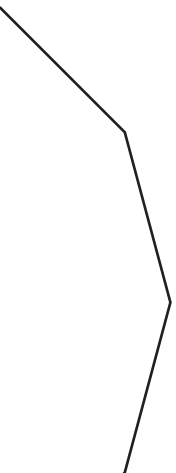
Sobre esta reedición

Esta reedición de *Doce cuentos* no solo celebra el legado de un autor pivotal, sino que también vuelve a la obra seminal de un escritor que definió y marcó un momento crucial en la narrativa colombiana.¹ A la vez, busca subrayar su relevancia para el lector actual y destacar su influencia en la literatura colombiana contemporánea.

En un mundo donde las tensiones urbanas, la alienación y las complejidades de la condición humana siguen siendo temas centrales, estos primeros relatos de Alberto Dow resuenan con fuerza, y se sienten tan frescos y necesarios como en 1948.

La crítica literaria colombiana del siglo XXI debe una revisión crítica a figuras como Dow, cuyo trabajo desafió las normas literarias tradicionales y anticipó las preocupaciones de la narrativa contemporánea.

1 Alberto Dow figura en la mayoría de las antologías y reseñas de críticos tanto colombianos como extranjeros. Entre las más destacadas se encuentran las de Eduardo Pachón Padilla, en *El mundo del libro* (Agustín Rodríguez Garavito, vol. 1, núm. 10, noviembre de 1958), el *Diccionario de escritores colombianos* de Luis María Sánchez López (Plaza y Janés, 1978), así como los trabajos de Seymour Menton, Raymond Williams y Carlos Miguel Suárez Radillo, entre muchos otros. Su destacada posición en la dramaturgia nacional está resaltada en la *Enciclopedia Salvat*.



Prólogo

[de la primera edición]

Aurelio Arturo

Desde los más remotos tiempos al hombre le ha gustado contar y oír contar. Al parecer es esencial a su naturaleza una innata curiosidad por la vida ajena, un afán de enterarse de lo que le sucede al prójimo, de lo que pasa en el mundo. De esa afición o más bien necesidad humana de satisfacer su curiosidad y del placer de hacer lo mismo con la curiosidad de los demás, han nacido las historias, los relatos, las anécdotas, en fin, todas las variadísimas formas de la narración, desde los poemas épicos que nos cuentan las hazañas de dioses, hombres y pueblos, pasando por los romances y las fábulas, hasta la novela y el cuento modernos. Contemporáneamente estos dos géneros, novela y cuento, asumen las más inesperadas formas y utilizan recursos que anteriormente se consideraban como exclusivos de otras formas de arte literario. Tal sucede, por ejemplo, con los cuentos escritos con apariencia de diálogo o monólogo. Y muchas novelas en forma de comedia u obra dramática, escritos para ser leídas solamente, lo cual revela su verdadero carácter.

La preponderancia moderna de la novela y el cuento sobre cualquier otra clasificación del arte narrativo, se debe sin duda a que son las más adecuadas para explotar y estudiar la existencia humana, es decir reflejar la vida y los problemas de una edad determinada, analizar los sentimientos, las pasiones y las reacciones del hombre ante el mundo externo, o ante los dilemas que la vida presenta. Esto es en líneas generales lo que la novela ha hecho en forma extensa y generalmente analítica, profunda y detenida, y lo que el cuento a su vez ha realizado, solo que contrariamente a la novela, en forma resumida, sintetizando en unas cuantas páginas lo que a la novel le es permitido hacer muchas. Este procedimiento de síntesis, su velocidad interior, es quizá lo que más define al cuento y al mismo tiempo hace de él un género lleno de limitaciones y dificultades. Y explica también la estima en que siempre se ha tenido a este género, que muy pocos han podido cultivar con éxito.

Consciente de las dificultades a que nos hemos antes referido, Alberto Dow ha elegido el cuento como forma predilecta de expresión literaria. En este volumen reúne doce de ellos, para darnos testimonio de la pericia que en la mayoría ha alcanzado, como fruto de una labor inteligente y de su vocación decidida por el arte de resumir en breves líneas un suceso grande por su significación y profundidad humanas.

Leyendo este volumen nos podremos dar cuenta de los problemas insospechados que se ofrecen al narrador y de

la manera como Dow ha sabido sortearlos. Este cuentista no se propone hacer obra de sabor terrígena, meras descripciones de escenas, paisajes o costumbres o brillas por la frase brillante y vacua. Lo que atraen más bien los problemas psicológicos; su ambición, si lo hemos entendido bien, es la de hacer sus breves obras de prosa, algo así como un espejo inteligente que refleje algunas de las mil caras del hombre contemporáneo, de su alma multiforme y contradictoria, de su patología, de sus sueños desmesurados

En cuentos tales como “Un Crimen”, “El Concierto”, “El Vaso Lleno”, “La última Prenda”, es donde sus talentos de narrador se nos muestran más acusados. En estos cuentos, que destacamos de entre los demás, podemos admirar la habilidad con que pone en juego los recursos de su arte para captar desde el principio nuestra atención, hace que lo sigamos con interés creciente hasta el fin del relato. Son cuentos que nos dan una idea clara del valor actual de este cuentista y al mismo tiempo proyectan su porvenir.

El estilo literario de Alberto Dow es instrumento adecuado a su fin y sin duda factor importante del mérito de este libro. Estilo limpio de galas retóricas que se pudieran interponer entre el lector y el suceso contado, estilo directo que deja plena libertad de movimiento al contenido y que no desvía la atención hacia la frase o el signo, sino que la enfoca sobre el momento o el gesto humano, directamente.

Este libro nos muestra cómo su autor ha ido depurando su arte hasta convertir el cuento en el precipitado artístico

de un trozo de vida. Es mucho haber alcanzado tal grado de expresión temprana y cuando el camino se inicia apenas. Hay aquí cuentos que satisfarán las exigencias de la recta crítica, que nos resarcirán espiritualmente el tiempo que dediquemos a su lectura. Y su bondad intrínseca nos dice claramente que quien los escribió es uno de nuestros buenos cuentistas y será tal vez pronto uno de los mejores.

Los que conocemos su afán de perfección, sabemos que sus primeros éxitos no habrán de satisfacerlo y que la bondad artística alcanzada no lo detendrá en lo que busca de más altas realizaciones.

Presentación [de la edición actual]

Alberto Dow, autor colombiano nacido en Cuba (Ciego de Ávila, 1923), es una figura pivotal de la literatura nacional. Su vida y obra están profundamente vinculadas a Cali y al Valle del Cauca, donde desarrolló gran parte de su producción literaria. Reconocido ampliamente en los círculos literarios y artísticos de su época, su legado ha dejado una huella significativa en la narrativa colombiana del siglo XXI.

Dow estudió medicina en la Universidad Nacional, donde formó parte del grupo de teatro junto a figuras como Enrique Grau y Enrique Buenaventura. Fue también uno de los fundadores de la Orquesta Sinfónica del Valle y, durante muchos años, uno de sus primeros violines.

Alberto Dow falleció en Cali en 1990, dejando un rico legado como dramaturgo, novelista, cuentista y violinista, además de incursiones esporádicas como actor y compositor. Su experiencia en diversas disciplinas moldeó una sensibilidad artística y humanista que impregna su obra narrativa. Un ejemplo de su versatilidad es su participación como actor en la película *Carne de tu carne* (Carlos Mayolo, 1983).

Su primera publicación, el cuento *El hombrecito de la lluvia*, apareció en la revista *Cromos* en 1944, marcando el inicio de una fructífera carrera literaria que abarcó cuentos, novelas y obras de teatro, publicados en antologías, suplementos literarios y revistas nacionales e internacionales.

Su primer libro, *Doce cuentos*, publicado en 1948 por la Editorial Etoabar de Ibagué, consolidó a Dow como una de las voces jóvenes más prometedoras de su generación. Este trabajo seminal, escrito a los veinte años, sorprendió por su notable madurez literaria y precisión narrativa.

Escribir una colección como *Doce cuentos* a los veinte años es una hazaña en sí misma, pero más allá de la juventud del autor, lo que asombra es la profundidad de su mirada literaria. En el prólogo original, el poeta Aurelio Arturo destacó su habilidad para “convertir el cuento en el precipitado artístico de un trozo de la vida”, subrayando además la precisión y la profundidad de su escritura: “Nos resarcirán espiritualmente el tiempo que dediquemos a su lectura”. Por su parte, el científico, escritor y humanista español Gregorio Marañón elogió la colección comentando: “He leído con el máximo interés sus preciosos *Doce cuentos*. Son encantadores de concepción y de rango literario”.

Durante la década de 1950, Dow fue considerado uno de los escritores emergentes más destacados de Colombia, rivalizando en prestigio con Gabriel García Márquez,

quien en esos años publicaba sus primeros relatos. Según el Periódico *El Tiempo*, ambos compartían el reconocimiento como dos de las voces jóvenes más prometedoras de la narrativa colombiana.

Los relatos de Dow marcaron un punto de inflexión en la narrativa colombiana, alejándose de la tradición costumbrista y paisajista predominante hasta la primera mitad del siglo XX. Su obra explora de manera innovadora las contradicciones de la vida urbana y los conflictos internos de sus personajes.

Darío Henao identifica a Dow como el pionero de la ficción moderna en Colombia: “La ficción moderna se inicia en la década del 50 con los cuentos y novelas de Alberto Dow, que incursiona en lo fantástico, lo policial, la ciencia ficción y la problemática urbana de la vida cotidiana”.¹

Aunque muchos de sus relatos no están situados en lugares geográficos específicos, sus atmósferas reflejan la transición de una Colombia rural hacia una sociedad cada vez más urbana. Dow fue uno de los primeros autores en abordar críticamente la experiencia de la vida moderna en la ciudad, explorando problemáticas que aún hoy (siguen) permanecen vigentes.

Sus personajes —campesinos migrantes, mendigos, bohemios, timadores, oficinistas y artistas— encarnan las tensiones de una modernidad incipiente en una socie-

1 Darío Henao Restrepo, *La ficción vallecaucana en el siglo XX*.

dad en transformación. Sus relatos reflejan su interés por construir personajes paradójicos y complejos, explorando sus deseos, impulsos y contradicciones internas, elementos (rasgos) que los definen y les otorgan profundidad psicológica.

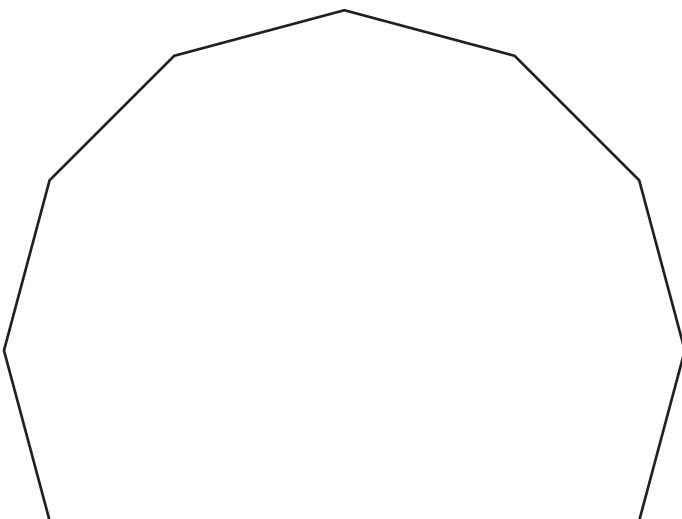
Temáticamente, sus obras irrumpen con fuerza en la narrativa colombiana, abordando temas como la pobreza, la ciudad, la alienación, la violencia, el azar, la soledad del hombre contemporáneo, el arte moderno y su ruptura con el arte tradicional, y la relación entre arte y capitalismo. Desde una posición narrativa laica y progresista, Dow se distancia de la cultura hegemónica “de aldea y campanario” para dar cabida a contenidos renovadores tratados con una mirada secular y racionalista.

Además, Dow incursiona en subgéneros como el relato policial y la ciencia ficción, creando un universo narrativo secularizado donde la ciencia y la razón emergen como herramientas para comprender el mundo. Sus historias reivindican (hacen un fuerte rescate del valor del) al individuo y al ciudadano como figuras centrales en las sociedades contemporáneas.

El estilo de Dow se caracteriza por una prosa precisa y depurada, libre de adornos innecesarios. Cada palabra parece cuidadosamente seleccionada, como una nota en una partitura musical, logrando una síntesis del lenguaje que no sacrifica la profundidad emocional ni la riqueza narrativa. Sus imágenes y diálogos resuenan mucho des-

pués de terminada la lectura, consolidando su escritura como un modelo de eficacia narrativa.

Aunque algunas ediciones póstumas han permitido redescubrir su obra, aún quedan numerosos textos inéditos. Algunas de estas obras recibieron reconocimientos durante la vida del autor. Publicarlas no solo permitiría apreciar más ampliamente su legado literario, sino que también honraría la memoria de un autor cuya influencia sigue viva en la literatura colombiana contemporánea.



Alberto Dow —o la palabra viviente—

Javier Tafur González

Sus lectores disfrutábamos de su serenidad, de su sabiduría; de su sencillez. Tenía un aire melancólico, sentimental, incluso diría algo triste. Era la manera de expresar su paz ante la arremetida de la violencia. Buscaba el silencio para escuchar la música; silencio, para describir el bullicio; para contemplar el arte. Hablaba en piano, hablaba en papel, hablaba en leves miradas. ¡Las notas musicales! ¡las letras! y buscando a Dios en el sencillo transcurrir de los días.

Ese hombre alto, afectuoso, sentimental, hogareño, estudió medicina; y la entendió como humanismo; como servicio. Escribía como los árboles producen frutos; muchos son sus libros; porque su savia fue generosa. Recuerdo que decía: “El arte embellece y alegra la vida. Por eso hay que abrir las puertas de este mundo maravilloso; desde la infancia, así vamos haciendo bellos recuerdos”.

Momentos muy gratos disfruté escuchando el Cuarteto No. 14 de Beethoven, y las tres últimas sinfonías de Mozart; la obra contrapuntística de Bach. Alberto recalca la necesidad de entender, comprender al otro, de ponerse en

su lugar; de actuar como si uno pudiese contribuir a la felicidad de todos; para evitar, disminuir o atenuar el dolor de los demás. En el arte encontró el sentido auténtico de la vida; en la medicina el medio idóneo para servir.

Era frecuente oírlo decir: “Ya es suficiente que el paciente esté enfermo para que además tenga que pagar”. Le bastaba ver resurgir una sonrisa donde antes araba el rictus del dolor; le bastaba ver borrarse las nubes del espíritu adolorido empañando una mirada, para que alguien sencillo y del montón descubriera las maravillas elementales. En él, el médico, el músico, el artista, el novelista, el dramaturgo, no son distintos del ser que se expresa; y es precisamente por su calidad que estas facetas fructifican. Él mismo nos ayuda a encontrar la clave para entenderlo: “El que vive de acuerdo con la Naturaleza, vive según Dios”. Ajustado a esta vieja recomendación de los mayores, vivió Alberto buscando la armonía.

Su escritura depurada, ágil, limpia, de gran capacidad descriptiva, revela al sicólogo; su experiencia decantada de la vida. Las pasiones humanas están presentes. Es que Alberto Dow era un conocedor del alma humana; en sus cuentos se representan nuestros celos profesionales, envidias, vanidades, egoísmos, mezquindades, temores, inseguridades, equivocaciones.

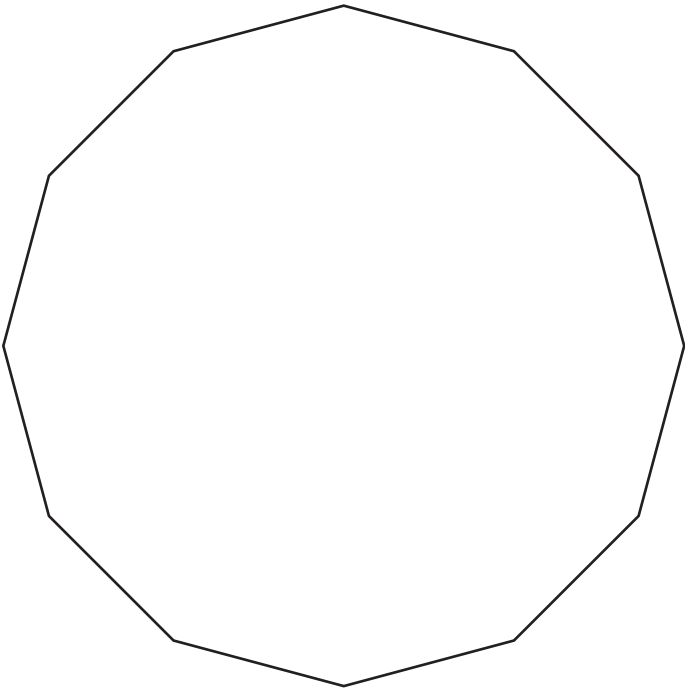
Su obra remite a una cosmovisión Downiana, para intentar comprender sus personajes y el mundo en que interactúan, borrando límites, contornos y creando sorpre-

sas para ver el hombre arrojado al mundo. El lector siente a los personajes, el autor nos lleva al escenario, interactuamos con ellos y también Alberto está ahí. Él ha permanecido encarnado en la palabra, almado en el verbo, vital en la tinta; vive en la entraña de los caracteres del alfabeto, en el legado que nos dejó. Es un referente cultural de nuestro ambiente, como las Tres Cruces, el Obelisco, Ricardo Nieto, Antonio Llanos, el río Cali. Extendía su entendimiento de la vida a los animales, a las plantas, incluso a la naturaleza de las cosas, lleno de empatía, la que le brotaba como la flor sencilla de su bonhomía.



12

cuentos



Un crimen

El literato Emilio P. abrió la puerta de su departamento, situado en uno de los barrios céntricos de la ciudad. Sus manos temblaban y había en su cuerpo ese frío estremecimiento que lo invadía cada vez que se proponía tomar una actitud violenta.

Días atrás nació en su cerebro la idea fatal. Por un oscuro y complicado mecanismo psicológico, en el que actuaban poderosos factores emotivos, llegó a la conclusión de que debía matarla. Era solo una idea que al principio intentó rechazar con todas sus fuerzas, más fueron inútiles las razones ficticias aducidas y dolorosamente comprobó que ellas, por el contrario, reforzaban su propósito criminal.

Horas enteras se prolongó en su interior la lucha cruel. A veces le parecía que solo era espectador de ese drama intenso, en el que se jugaba la vida de una mujer. Sin embargo, pronto se veía de nuevo en escena, actor único, debatiéndose entre dos abismos que lo atraían con sus miradas negras y profundas.

No podía ser de otro modo. Paulina fue de todas la que más poderosamente ancló en su alma. Ninguna poseía, como ella, esa mezcla de belleza extraña e infantil veleidad,

que dejaba en los hombres el veneno del deseo. Los ojos oblicuos y fríos, engastados en la piel mate del rostro, le daban ese aire exótico que a tantos conturbara.

Con frecuencia recordó la vida novelesca de Paulina, preguntándose si no era inhumano, perverso y aún de mal gusto, cortar esa existencia justamente cuando arrastraba en su fuego caótico a mayor número de seres.

¿No cometía por ella locuras increíbles el millonario Kennedy, a quién antes ninguna mujer apartara de su rígida oficina de negocios?; y cuál otra podía ser la causa del aniquilamiento artístico del pintor Morini?; y aquel pobre muchacho, Ernesto, antes honrado cajero de Banco. ¿No debía la deshonra de los suyos a la sustracción del dinero que Paulina demandaba para saciar el afán inmoderado de lujo?

Y él... Emilio, que ante las otras adopta siempre la actitud serena del observador, del novelista que mira y analiza la humanidad, ¿no empezó a sentir indispensable su presencia? ¿No eran, quizá, los celos, la fuerza que más le impulsaba a darle muerte? ¡No! Todo era posible menos los celos. ¿Acaso no era dueño absoluto de ella, de sus movimientos y respiración y aún de sus pensamientos? ¡Sabía con absoluta certeza que le pertenecía!

De no ser los celos, ¿entonces en dónde se nutrían las raíces de tan absurdo deseo? Un capricho momentáneo jamás podría llevar a un hombre normal a dar muerte. ¿Quizá su cerebro, acostumbrado a estudiar seres morbosos, habíase contaminado hasta llegar a tal extremo?

Hizo un profundo análisis introspectivo, tratando de llevar a la superficie el sedimento sucio de sus acciones reprimidas, con la esperanza de encontrar en ellas los resortes de su deseo. Sí, la mataría, pero antes necesitaba conocer la razón de su acto. Un intelectual no debía obrar instintivamente como cualquier criminal de mala clase.

Por fin, desesperado, aceptó razones cuya moralidad diferiría muchísimo de sus principios éticos y religiosos: ella debía morir para que Emilio P., autor famoso de novelas se salvara. Todos verían en su acción algo brutal, reprochable, pero al mismo tiempo lógico, exacto, consecuente con la actitud ante el amor que siempre propugnara. Sí, Paula debía morir, de lo contrario su obra de escritor entraría en profundas contradicciones con la realidad; su pasado literario sufriría rudo golpe...su futuro...mejor era no pensar en ello.

Aquella tarde fue tanta la violencia de su impulso, que hubo de alejarse de departamento, abandonando su trabajo, para no caer vencido bajo el peso de la obsesión.

Anduvo primero por la ciudad y como aumentase su angustia, se retiró a un viejo parque adonde con frecuencia iba a meditar sobre sus obras. Nada logró serenarle, ni los juegos infantiles cargados de dulce despreocupación, ni la mansedumbre del agua que caía en el estanque. Cada detalle, por fenómenos de asociación recordábale a Paulina y despertaba de nuevo en su interior la lucha.

Recostado entonces sobre el puentecillo que cruzaba un estanque retirado, solo consigo mismo, libró en su con-

ciencia la gran batalla: ¡No más cavilaciones! —se dijo— Ha cumplido ya Paulina su misión de mujer fatal. Ha disociado bastantes hogares y los hombres cometieron cuantas locuras les inspiró. Ha llegado al cenit de su parábola vital. ¿No es grandioso que caiga justamente ahora, antes de que se inicie el descenso melancólico? Después de este punto su existencia sería desteñida y pobre, arrastrándose por lupanares, brindando esa carne que antes tantos codiciaron. Conozco muy bien el final de estas vampiresas. En cambio, su muerte ahora estaría envuelta en una atmósfera perfumada y galante. Recordaría la figura siempre fresca y peligrosa de Naná. ¡Sí, eso es! ...una heroína digna del gran Zolá! Paulina: ¡tú debes morir esta noche!

Con esta resolución descansó. Volvió al centro de la ciudad, tomó una cena ligera y luego fue a un teatro. Aunque luchó por concentrar su atención en la película, con frecuencia se sorprendió pensando en los pormenores que debían envolver el final de Paulina. ¿Cómo la mataré?... he aquí un punto interesante. Todo, hasta su muerte debe ser artístico. No sería bien mirado que un hombre de imaginación, como yo, se valiera de métodos primitivos para quitar uan vida. Usaré una daga oriental...o quizá un pequeño revólver, así como el mío... asfixiada por el gas de la chimenea no sería mal... sin embargo, un disparo es menor cruel y más rápido. En el último instante decidiré esto.

Vagó aún media hora por las calles antes de dirigirse a su departamento. ¡Tanto como la amara, para acabar

tronchando su vida, tal vez empujado por un simple capricho! ¿No sería conveniente esperar algunos días más y así podría cambiar de intención?

¡No! ¡No era un capricho sino algo sólido, fruto de dilatadas meditaciones! ¡Quiso terminar inmediatamente! Ahí estaba, atónito, en el marco de la puerta.

Ella se encontraba en ese momento...lo sabía con seguridad: en la alcoba, sobre la cama, envuelta en su bata de seda roja, fumando un cigarrillo mientras escuchaba, perezosa, una melodía de jazz que bostezaba la radio.

Con pensamiento rápido estudió los pormenores de la colocación del cuerpo, el sitio en donde se debía situar, y especialmente cómo actuar en caso de que Paulina intentara huir. Solo faltaba decidir el método. Tembló un minuto, pero pronto recuperó la serenidad y aceptó el proyecto inicial: una bala bajo el seno izquierdo. ¡Estupendo final! Luego pensó: Si tú sobrevivieras, Paulina, me agradecerías la muerte que te voy a dar.

Se acercó tembloroso al escritorio y sentóse en la amplia silla giratoria. La penumbra del ambiente era propicia a la escena que se iba a desarrollar.

Abrió uno de los cajones, tomó el pequeño revólver y lo colocó sobre la mesa. El brillo repulsivo lo hizo estremecer y en ese instante frío comprendió realmente su horrible propósito. ¡Ya era muy tarde para detenerse! Sin embargo...aún tenía control de sí mismo. Volvió a guardar el arma en su sitio, cerró el cajón, pero inmediatamente

con impulso definitivo lo abrió de nuevo, agarró el fajo de papeles y leyó algunas de las últimas páginas. Con mano nerviosa escribió a continuación del párrafo que tanto lo hiciera vacilar:

“...sobre la cama, envuelta en su bata de seda roja, fumando un cigarrillo mientras escuchaba, perezosa, una melodía de jazz que bostezaba la radio”. Cuando vio entrar a Enrico Morini, pálido, tuvo un vago presentimiento de su propósito, pero quiso mostrarse serena.

—Cuánto tiempo sin verte, Enrico. ¿Qué te habías hecho?

—¿Aún pretendes hacerme creer que ignorabas mi situación?

—Nada he sabido de tu última época —dijo levantándose— ¿Sigues pintando todavía?

—Todo ha muerto en mí. Ni siquiera eso, el arte, me has dejado.

—No digas boberías. Cuando quieras puedes empezar nuevamente.

—¡Nunca, nunca! Lo sé; ¡pero no te dejaré gozar de tu fruto corrompido! ¡No verás el final de tu obra!

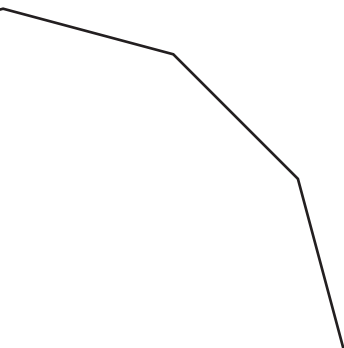
La boca del pequeño revólver miró fijamente a Paulina. Ella sonrió con angustia, mientras calculaba la única posibilidad de escape, por la pequeña puerta que daba a la biblioteca y de allí al pasadizo que terminaba en el vestíbulo. Con la mano izquierda separó la silla que le cerraba el paso, pero Morini comprendió la intención y oprimió el frío gatillo.

Cayó en el dintel de la puerta...

Emilio dejó la pluma. Parecía que se identificaba con Morini en el momento de disparar. Sudor pegajoso le mojaba la frente y el corazón crecía en ritmo dentro del pecho.

Había matado a la más interesante de sus heroínas. Nunca con las otras hubo un proceso de compenetración y simbiosis tan marcado, que le hiciera sentir como esta, en carne propia, los colores vitales de su personaje. Engendró un ser delicioso y frívolamente perverso, una de esas criaturas nacidas para sembrar desazones y conturbar con su presencia el ambiente. La hizo vivir breves años llenos de intensidad y refinamientos; la obligó a destruir existencias burguesas y a poner fuego en todo lo que sus ojos sádicos miraron. Mas ahora, en el instante de detener su acción corrosiva sufrió, sufrió como el padre que ahoga entre las manos al hijo monstruoso.

—1947—



Interludio

El honrado comerciante Andrés Z. empezó a sentir aquella tarde cierta extraña desazón. Quizá el silencio de la casa, otros días interrumpido por los gritos de los niños, y el cansancio después de la intensa mañana de trabajo, eran las causas de su estado. Contribuía también la monotonía de su existencia, que desde años atrás parecía estancada en una deliciosa pero gris serenidad.

Intentó seguir trabajando y alejar de sí aquellos pensamientos inoportunos que venían a turbar el programa trazado; mas el aguijoncillo disociador volvía nuevamente a inquietarlo. Pronto comprendió que debía cambiar de actividad momentáneamente, pues su cerebro resistíase a los números y fríos proyectos de negocios. Algo como un ansia de evasión, como hombre de paisajes y cosas ignoradas se apoderó de él. Quería salir, tocar la tierra, pero no la suave y urbana que sus ojos diariamente veían, sino la otra, la eternamente desconocida en su inicial aridez.

Hoy es un día festivo y conviene descansar —se dijo— Iré por la familia a casa de sus parientes y saldremos a pasear un rato.

Vistió un traje de campo, guardóse algún dinero en el

bolsillo y guio su automóvil por las calles más apartadas, con el velado propósito de dar una vuelta antes de recoger a su esposa y a sus hijos.

La tarde calurosa ponía un brillo desconocido en los objetos, y el aire que venía cargado de esencias agrestes, acariciaba con voluptuosidad la piel. Todo tenía un aspecto de intrascendencia y natural regocijo, cual si el tiempo hubiese olvidado su tarea de angustia para detenerse también, juguetón, a contemplar el dulce estatismo de las horas muertas. La vida parecía liberarse de lastres inútiles y deslizarse alada, imperceptible. Grupos de gente se alejaban hacia los campos vecinos, cantando algunos o exteriorizando su alegría por medio de risas pródigas.

Fue uno de esos impulsos subterráneos, que actúan lejos de la conciencia, el que lo hizo desviar de la ruta empezada y buscar otra; ese afán que hace a veces odiar lo conocido para lanzarnos al abismo renovador.

Pensó que los suyos no querían alejarse de la ciudad, rompiendo la costumbre de reunirse los domingos en familia. No obstante, pronto comprendió que bajo aquel pensamiento se escondía un deseo remoto, ignorado; un anhelo turbio de rostros nuevos, de paisajes no gravados en la retina. Algo inexplicable, confuso, sedimento de oscuros atavismos que trataba de emerger a la superficie de la vida consciente.

Extrañábase sobre todo que su espíritu burgués no se revelara en aquella ocasión. Dejábase atraer sin resisten-

cia, casi con placer, por el vaho maligno que mareaba sus sentidos. Recordábale la nueva sensación al estado de lucidez deliciosa y un poco atrevida que sintiera en ocasiones, cuando las primeras gotas de whisky se incorporaban al torrente de su sangre. Pero a esa sensación agregábase ahora un nuevo color, el sabroso presentimiento de algo que siempre deseara oscuramente y que poco a poco iba tomando consistencia.

Mientras el automóvil rodaba por la amplia carretera que envolvía la ciudad antes de abandonarla definitivamente, Andrés tuvo aún dos otros movimientos de protesta. Añoró a su esposa que sólo felicidad le había dado durante siete años. ¿Y sus hijos? ¿Existía placer comparable al que le proporcionaban sus infantiles presencias? ¿Por qué no regresaba y en su compañía cumplía la misma ruta?

La nube pasó pronta. “Mi acción nada tiene de reproachable. —Pensó— Voy a buscar un placer sano. Lo mismo que haría cualquier hombre en estado de fatiga mental... ¿que hoy no quiero estar con los míos? ... es un simple antojo...”

En paz consigo mismo, se alejó de los últimos barrios para internarse en la extensa llanura, que después de dilatar su verdura se confundía finalmente con el límite azul y nítido del cielo.

A trechos se veían grupos de álamos, cuyas hojas inestables danzaban con la música del viento. Algunos ríos angostos y lentos, que languidecían bajo la canícula, eran

acariciados por los sauces, que se inclinaban hacia ellos, perezosos, en su eterno gesto narcisista.

Andrés se detenía a contemplar con fruición cada detalle. Objetos mínimos en los cuales nunca reparara, tenían ahora cierta elemental belleza que los hacía imprescindibles en el armonioso conjunto natural. La presencia de aquella piedra que se agarraba a la tierra en su aparente inutilidad, ¡cuánta fuerza y serenidad le daba al paisaje! Sin ella hubiera faltado ese contraste de solidez y vaguedad en que radicaba lo mejor de su encanto.

A su estado anímico todo le parecía esencial. La ausencia de una cintilla de hierba hubiera dejado incompleto el gran acorde triunfal de la tarde. Hasta el cadáver en descomposición de un perro, que encontró al margen de la carretera, parecía encerrar el hechizo de la carne organizada que nace y muere, que se regenera en otros seres, para terminar en la orgía de la corrupción.

Desde el recodo en donde se detuvo era posible dominar el panorama. Dejó el automóvil y a pocos pasos de allí se recostó en un blando lecho vegetal, que lo recibió cariñoso como el vientre de una mujer buena.

Lleno de lasitud, olvidándose de todo, permaneció muchos minutos. Los rayos de sol fueron metiéndose a través de sus poros y aumentaron el caudal de sangre en las arterias. Pronto la sintió correr con más desenfado, cual si muchas puertas interiores se hubieran abierto de repente. Aquella sangre, cargada de gérmenes voluptuosos

iba depositando tibios deseos en la carne; deseos que parecían alejarse por momentos, para retornar luego provistos de nuevos colores y sugerencias.

Ignoró el tiempo. Cuando la inercia lo hubo saturado volvió al automóvil y continuó el viaje, sin meta ni rumbo definidos. Sintió el vértigo de la velocidad y se sorprendió manejando como nunca lo hiciera, con aquella inconciencia y atrevimiento que le daban su felicidad.

Acababa de cruzar un pueblecito pintoresco y tenía el propósito de regresar, cuando apareció súbitamente, recostada sobre una colina, la silueta de una casa grande, con aspecto de bar campestre. A medida que se acercaba oía con más nitidez una melodía popular, que cantaba un clarinete sobre el fondo del piano y las cuerdas. También se atropellaban con intermitencias las voces destempladas de algunos bebedores, que se esforzaban en hacer coro.

Aunque siempre huyera al ambiente de taberna y nada le disgustase más que el roce con un ebrio, entonces tuvo deseos de detenerse a observar aquel espectáculo, que no dejaría de tener cierta belleza primitiva, y de quemar su garganta con un poco de alcohol.

Entró a la amplia sala por entre las parejas de bailarines, que se movían frenéticas bajo el látigo de la música y el licor. En las mesas quedaban pocas personas sentadas, conversando a gritos mientras miraban el baile, reían y acariciaban los jarros de cerveza. Al fondo, sobre un estrado, los

músicos ponían en su arte todo el furor dionisiaco de un rito sensual y primitivo.

Al principio, aunque nadie lo miraba, se sintió cohibido, fuera de atmosfera, más paulatinamente, merced al whisky, fue disminuyendo la distancia que lo separaba de aquellas gentes. Pronto notó que algunas miradas femeninas lo buscaron llenas de cautela y más tarde con osadía peligrosa.

Cuando las copas vencieron su timidez, bailó con una trigueña, medio conocida suya, que aceptó la invitación. La música se fue enroscando en su cuerpo, agilidad febril llenó sus piernas y un vértigo salvaje, inconscientemente delicioso que lo abrazaba, sacudió las fibras de sus músculos. Después buscó a otras mujeres que lo acompañaron en el ritmo.

En el delirio de la danza y en los intervalos sus ojos se encontraban con los de una muchacha que reía insaciablemente, mostrando los dientes blanquísimos en un gesto de entrega. Tendría dieciocho años y había llegado acompañada por otra que parecía ser su hermana menos, y cuya seriedad hacía un contraste interesante. Estaban vinculadas a muchos de los grupos allí reunidos, a juzgar por la cordialidad con que fueron recibidas. Algunos mocetones robustos no tardaron en disputarse sus favores, dentro de un clima un poco pueril, herido a momentos por relámpagos de sensualidad incontenida. Ella se daba cuenta de su posición y cual gatita esquiva y curiosa con todos jugaba, repartiendo por igual sus hechizos, sin atarse a ninguno,

dejando en cada pecho sólo una gota de veneno dulce y maligno. Mientras bailaba iba mezclando en equilibrio perfecto el movimiento atrevido, insinuante, con las figuras serenas, estrictas. Esto desconcertaba a sus acompañantes, que no sabían si entregarse a la bacanal incontenible o guardar la atmósfera puramente rítmica de la música.

Desde lejos, con miradas turbias, acarició también la sensibilidad enervada de Andrés. Este la invitó a bailar y pretendió actuar desde el principio con violencia para dominar la fierecilla; mas tuvo la impresión de que tocaba la superficie fría y viscosa de una serpiente que se le escapaba, burlándose de él. Entonces comprendió que la vía empezada era falsa. Quizá tendría éxito dándole aquello que los otros en su rudeza no poseían: él se portaría como un caballero, como un hombre de la ciudad; sería galante y osado. Encontraría desprevenida esa fase de su espíritu femenino y ella golpearía sin dejar tiempo a la defensa.

—¿Cómo se llama usted?

—¿Cómo? ...¿y para qué le interesa? ...bueno, si es tanta la curiosidad, me llamo Zoila.

—Zoila...Zoila... es un nombre musical y nada común.

—¿Musical? Es raro, nadie había reparado en eso.

—Musical. Perfectamente musical. ¿No siente con cuánta suavidad cae en el oído? Zoi...la...Zoila.

—Bueno, ya que me ha preguntado mi nombre, supongo que debo conocer el suyo.

—Aunque sea por pura cortesía. Me llamo Andrés.

—¿Ahora qué debo decir para no seguir siendo mal educada?

—Simplemente si le gusta o no. Ante todo, debemos ser sinceros. Si alguien nos interesa lo buscaremos ardientemente, de lo contrario, para qué jugar con la ingenuidad, o lo que es más peligroso, con el fuego ajeno?

Zoila vio venir el golpe mas no pudo detenerlo. Herida se recogió en sí misma buscando una respuesta incisiva, pero nada encontró. Durante su mutismo Andrés la contempló largamente. Miró sus ojos pequeños de mestiza, que la furia contenida hacían más brillantes: el cabello sugestivamente desordenado y la boca que ahora en vez de reír se apretaba en las comisuras. Aprovechando la rápida victoria el brazo masculino atrajo hacia el suyo el pecho de la muchacha, hasta sentir los movimientos de la respiración atormentada. Luego, musicalmente, como antes lo había hecho, repitió cerca de su oreja pequeña y transparente: Zoila...Zoila.

Apenas hubo concluido la pieza de música, la mestiza rechazó los brazos robustos y corrió a unirse a un muchacho que durante el rato anterior la había perseguido con ojos celosos.

“Va a reponerse del golpe a buscar fuerzas —pensó Andrés— pero ya es tarde. Está vencida”. Y para mostrarse superior se juntó a una rubia que lo seguía con docilidad y como si su triunfo hubiese sido un momento sin importancia, continuó de lleno en el delirio del ritmo y el alcohol.

La mestiza volvió pronto. Había desaparecido el furor de su rostro y mansamente se dejó tomar por Andrés como antes nadie lo hiciera.

La fiesta culminaba. El calor del ambiente y las melodías negras, frenéticas, todo lo envolvían. Nadie podía escapar del sortilegio que anesthesiaba los sentidos y dejaba sueltos los instintos iniciales. Algunos cuerpos apenas se movían, espoleados por las espinas delgadas y lacerantes que el cornetín desafinado arrojaba a las carnes. Los ojos distendidos por el alcohol, miraban con animalidad pasiva e imbecil.

Zoila reía, reía furiosamente. Sus diente-cillos se apretaban tratando de detener la felicidad que parecía acercarse a la crisis. Andrés la sintió suya. —Salgamos Zoila. Tengo afuera mi automóvil.

Sin decir palabra sol siguió. Cuando cruzaban la puerta se acercó la hermana menor. Miró con recelo al intruso y luego a Zoila que comprendió el reproche mudo.

—Quítate de ahí Rosario. Y cuídate de decirle algo a ellos, ¿me entiendes? Fue una réplica brutal. La pequeña bajó la cara y se apartó a un lado. Salieron. Los últimos retazos del crepúsculo se alejaban para dar paso a la noche, que lina de misterio entraba tocando los objetos con su mano negro.

Zoila no quiso subir al automóvil, sino que prefirió caminar. Siguieron primero la carretera y se internaron por un bosquecillo de acacias que llegaba hasta las faldas de la colina. Allí se recostaron. A la derecha, distantes, se

veían las luces de las ventanas del bar y se alcanzaban a oír fragmentos de un danzón cubano, cuyo estribillo picaresco hizo reír a la mestiza, recordándolo. Andrés sospechó cual era la causa, pero quiso oírlo de sus labios.

—¿De qué te ríes?

—La letra de ese danzón. ¿No lo recuerdas?

Entonces rieron juntos, bajo el cielo recortado por la silueta de árboles. Algunas estrellas cómplices hacíanles insinuaciones con sus ojillos azules y temblorosos. El aire aromado al rozar furtivo la piel; el blando lecho de hierva y la soledad, perturbada por la presencia de un ser extraño y codiciable, eran una invitación a la entrega total, absoluta. Todo en la naturaleza que se brindaba sin resistencias, convidaba al gran proceso creador, eterno, mágicamente renovado.

Primero la tomó una mano que retuvo entre las suyas, luego acarició el manojito de cabellos e intentó acercar el rostro, pero halló resistencia. Sin comprender la negativa y juzgando que se trataba de un artificio femenino, quiso atraerla violentamente, mas con movimiento felino se le escapó de los brazos y se situó a varios metros de distancia. En la oscuridad los ojos brillaban y el cuerpo parecía sacudido por combustible ardiente.

—Zoila, espérame. ¿Por qué huyes así de mí?

—Te creías mi dueño, ¿no? ¿Pensaste que me habías dominado con una frase?

—Nada de eso, ¡créeme Zoila! ¡Te quiero, te quiero! Vámonos juntos.

—Alcánzame y te seguiré. Para eso eres hombres.

Vaciló un momento tratando de acostumbrar sus pupilas a la oscuridad y empezó a correr, con agilidad que Andrés no comprendía. A trechos se detenía para mirar con gesto desafiante a su perseguidor y cuando lo tenía cerca se alejaba nuevamente. Él procuraba seguirla e hizo un esfuerzo supremo; mas ni su retina ciega ni sus músculos, fatigados por el exceso de danza y licor, resistieron la prueba. Cada momento la veía alejarse más hasta que su sombra se perdió en la gran sombra nocturna.

Volvió a la sala con la esperanza de encontrarla allí. Preguntó a muchos y nadie la había visto. Su mirada escudriñó con hambre todos los rincones y halló un vacío doloroso. Bebió dos copas más y salió al campo como un alucinado, andando penosamente. La buscó detrás de los árboles, en el espeso ramaje, y aún se acercó al riachuelo creyendo que sus aguas se la devolverían. A veces creía oír veladamente, llena de insinuaciones, la frase cruel de sus labios:

—¡Alcánzame y te seguiré! ¡Para eso eres hombre!

—¡Alcánzame y te seguiré! ¡Para eso eres hombre!

Volvió la cabeza y sólo sentía el eco de su obsesión. En la garganta le quemaba su nombre y empezó a gritar:

—Zoila...ven Zoila...no me hagas sufrir más...Zoila.

Fueron vanos el grito y la angustia. Sudoroso, calcinada la boca por la sed, dejase caer extenuado. Un gran sopor le llenó el cuerpo y en ese límite indeciso entre la realidad y el sueño permaneció largo tiempo antes de dormirse.

La claridad sobre los párpados vino a despertarlo. Al principio miró con pereza el follaje, sin determinarse a romper la dulce languidez en que estaba sumido, mas súbitamente tuvo conciencia de su situación. Recordó a sus hijos, a su esposa, y vio en esta el gesto doloroso ante el lecho vacío.

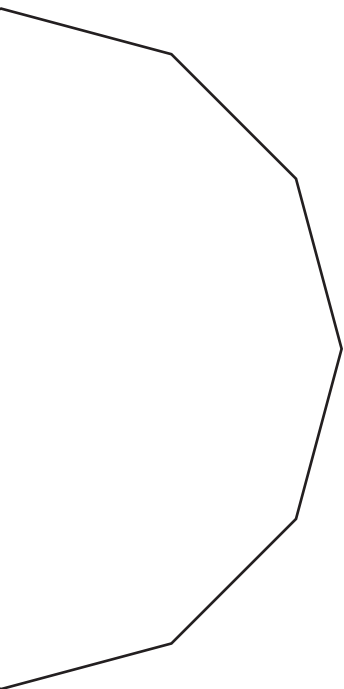
¿Por qué estaba él allí? ¿Qué pasos lo habían llevado hasta ese rincón de tierra verde?... Ahora lo sabía... recordaba la tarde esplendorosa... el bar lleno de gente que bebía... muchas mujeres y entre ellas una de ojos pequeños... un nombre que sonaba musicalmente en el oído... Zoila... sí... Zoila... él la había perseguido febrilmente... ¿Qué habrían pensado los suyos si hubiesen sido testigos de aquella escena primitiva y sensual? ¡Él, Andrés, honrado comerciante y buen padre, corriendo tembloroso detrás de una mujer que sólo unas horas antes había conocido! ¡Detrás de una mestiza insignificante que jugó con él como un muñeco! Aquel sedimento de su juventud desordenada y turbulenta, que ya creía eternamente sepultado, renació la tarde anterior con violencia inusitada.

Se levantó y caminó lentamente en busca de su automóvil. "Sí, soy feliz en mi vida conyugal ... amo a mis hijos... no puedo quejarme de los negocios. Ayer tuve el propósito de variar un poco... pero esa mujer cruzó mi ruta... después de todo fue algo pasajero; quizá nunca la vuelva a ver. Estas experiencias como sueños, sólo una vez en la vida".

De regreso, mientras iba deshilvanando la hermosa

etapa de la tarde anterior, sintió el sabor siempre dulce de la reminiscencia. Había sido un bello paréntesis. La vida toma sentido extraordinario cuando se espera de ella no sólo la seguridad que aletarga, sino también el estremecimiento profundo, capaz de volverlo todo al revés. Porque de lo cotidiano la huella es nula, mas de lo caótico siempre hallaremos en nosotros, por lo menos, la mueca del recuerdo.

Andrés tenía seguridad de que había depositado en su conciencia una imagen distinta, un color desconocido. Sentía nítidamente una respiración atormentada junto al pecho, corría detrás de un cuerpo ágil que se le escapaba, y especialmente un nombre musical y lúbrico le resonaba con insistencia en el oído.



El vaso lleno

“Como lo han oído, señores jueces, la culpabilidad del acusado es indudable. Un hombre que asesina porque otro canta un estribillo popular, es un individuo francamente peligroso para la sociedad. En este caso no hay controversia ni aún entre los testigos, pues todos están de acuerdo con sus declaraciones, y él mismo ha reconocido que los hechos se sucedieron tal como lo acabo de exponer. Creo, por tanto, que sobran otras diligencias”.

Así terminó la enérgica exposición de fiscal, con argumentos lógicamente exactos, la minuciosidad de detalles y conclusiones nítidas tan ceñidas a la verdad, que la multitud pareció aceptar la culpabilidad de aquel hombre que ocupaba el banquillo de los acusados. La sala se estremeció y todos los ojos se posaron con rencor en él. Hubo algunas voces aisladas que demandaron justicia inmediata.

Pasada la confusión el defensor tomó la palabra, venciendo la tácita resistencia colectiva:

“Señores: creo que la mejor defensa que puedo hacer del acusado es la de permitirle, más aún, rogarle que hable. En efecto, el momento mismo del crimen ha sido descrito por el señor fiscal con tanta veracidad, que sobran las

ampliaciones. Sin embargo... él dijo al principio que “lo sucedido unas horas antes del crimen, carecía de importancia, por tratarse de hechos cotidianos y normales, como tomar el tranvía y asistir a la ópera”. No obstante, afirmo que en estos dos hechos encontrarán la base de mi defensa. Hay escalonados en ellos una serie de caídas psicológicas, capaces de llevar al crimen no sólo a ese hombre, que es un hiperemotivo, sino a cualquiera de ustedes. Pero... eso mejor que yo lo contará él con su palabra sencilla, él, que vivió esos momentos, terribles a pesar de la insignificancia que el fiscal les atribuye”.

Hubo un leve murmullo en la sala.

El acusado se puso de pies. Era un hombre pequeño, delgado, de movimientos nerviosos que vanamente pretendían aparentar serenidad. Su edad frisaba con los treinta y cinco años y el rostro acusaba un dolor moral muy grande. Con voz débil, apagada por la timidez, empezó su relato:

“Señores jueces: me excusarán si he de referirme primero a mi persona, a mis acostumbres, pero ello es fundamental. Sólo conociendo mi temperamento y la vida que había llevado hasta ese día, podrán comprender de qué manera influyeron ciertos detalles, para obligarme a cometer un crimen; crimen cuyas causas sólo he podido encontrar después de repasar las horas comprendidas entre las ocho y las doce de la noche, del martes quince de octubre.

Soy un hombre aparentemente calmado y algo tímido. Mi vida, hasta ese día; no había sido turbada sino por uno

que otro incidente superficial. Tal vez porque presentía la violencia de mis reacciones, evité siempre llegar a extremos que pudiesen lastimar demasiado mi sensibilidad.

El oficio de contabilista me proporcionaba suficiente dinero para vivir con alguna comodidad y debo reconocer que nunca tuve mayores ambiciones. Soy soltero y estoy enamorado de una mujer modesta. Tenía el propósito de trabajar algún tiempo más, y juntar un pequeño capital para pedir luego su mano que seguramente me habría sido concedida... pero...dejemos este punto demasiado íntimo y volvamos al curso de mi existencia monótona.

Aquel día, después de haber arreglado los libros de la casa “González & Mejía”, me dirigí a mi departamento para cambiarme el vestido, pues tenía el propósito de asistir a la representación de la ópera “Traviata”. Todo marchó normalmente, y veinte minutos antes, de la hora indicada, ocupaba yo una butaca de platea.

El primer detalle que me disgustó, fue haber podido comprobar una duda que de tiempo atrás me atormentaba, y era que la ópera iba perdiendo sus aficionados. Yo no podía tolerar que un espectáculo admirable, que tanto me gustaba, fuese menospreciado. Cuando vi la mayoría de palcos vacíos y la platea ocupada por unas doscientas personas, sufrí más que los mismos artistas, y aquel doloroso estado se prolongó durante dos horas insoportables. A ese sufrimiento se agregó una sensación horrible: la música fatídica. La música de “Traviata” es enferma, tuberculosa, y

aunque otras veces me había conmovido, aquella noche se apoderó de las fibras más profundas de mi ser y sembró en ellas el germen de la muerte. Les juro que, al salir del teatro, tenía el alma oprimida por ideas fúnebres, por oscuros presentimientos; algo que nunca me había sucedido con tanta intensidad.

No obstante, luego que me vi en la calle, en medio del bullicio general, la melancolía pareció alejarse y hasta sonreí, pensado cuán débil era mi voluntad, ya que unas notas musicales habían sido suficientes para llevarme a ese peligroso estado.

Caminé un rato por calles diversas, pero como me sentiera fatigado resolví tomar el tranvía para regresar a mi departamento. Hube de esperar largo tiempo y ya crecía en impaciencia cuando apareció por fin. Subí, había un puesto desocupado y allí me senté.

Estaba yo sumido en algunas reflexiones sobre la decadencia de la ópera, las posibles acusas del fenómeno, sus consecuencias; y por eso al acercarse el cobrador pagué maquinalmente, sin levantar la cabeza. Detalle al parecer insignificante, que pronto tendrá mucho valor.

Unas cuerdas más adelante, fue invadido el tranvía por un turbión de hombres y mujeres que habían salido de otros espectáculos, y como algunas demás no encontraron asiento, yo cedí mi puesto a una de ellas. Algo contra lo cual hubiera querido protestar era el hecho de que algunos hombres cómodamente sentados, no se movieron para

imitarme. Permanecieron impávidos, saboreando su descansada burguesía como si el mundo les perteneciera.

Para que ustedes comprendan mejor la situación, voy a comparar mi estado anímico en aquella noche a un vaso que gota a gota se va llenando de un líquido viscoso y amargo, hasta derramarse.

Continuemos” La respiración de tantas personas dentro del pequeño tranvía y el humo del cigarrillo encarcelado formaban un ambiente pesado, asfixiante de taberna. Sentí que me ahogaba y hube de aflojarme un poco el nudo de la corbata, que como una mano huesuda estrangulábame la garganta. Descansé momentáneamente.

No había yo reparado con curiosidad en mis vecinos, pero al oír un rumor fastidioso miré a la derecha y pude contemplar el más repugnante de los rostros que recuerde haber visto jamás. Era una cara abotagada, brillante, poblada desigualmente por una barba de varios días y cubierta con un mechón de cabellos colorados. Cada minuto abría la gruesa boca para reírse de las anécdotas que contaba, dejando escapar un aliento de inmundicia.

Inmediatamente sentí punzada mi sensibilidad y procuré no mirar más aquel ser desagradable; pero en vano, pues mis ojos se dirigían obsesionados al lugar que ocupaba. Como no me reía de sus estupideces, me miró con sus ojillos oblicuos y cínicos, reprochándomelo.

Siéndome imposible resistir mucho tiempo aquella desagradable atmósfera me retiré del grupo que parecía

dominado por el bárbaro. Él, que comprendió la causa de mi actitud, dejó escapar una frase ridiculizándome, y fue celebrada con carcajadas chillonas. Desde ese momento comprobé que mis nervios estaban en tensión y que había llegado la oportunidad de controlarme, de poner a prueba mi dormida voluntad. Ya que aquel estado hubiera podido cometer la más grande locura; pero eso no fue todo.

Dominándome con energía, me parecía que había cobrado el sosiego cuando un nuevo golpe vino a sumarse a los anteriores. Hace un momento les conté cómo al pagar el precio del viaje en el tranvía, estaba yo sumido en reflexiones y debido a ello no levanté la cara para que me identificasen. Resulta que nuevamente se acercó a mí el cobrador, demandando los cinco centavos. Como estaba seguro de habérselos pagado, se lo dije claramente, pero él insistió en lo contrario y yo seguí en mi empeño. Todos me miraban y parecían concederle la razón a mi adversario. Finalmente, el otro se alejó, haciendo un gesto que significaba: «Aunque tengo la seguridad de que usted no ha pagado, veo que mucha falta le hacen los cinco centavos. ¡Se los regalo!» “Los demás comprendieron esto y rieron con malicia, sin sospechar cuánto mal me hacían”.

Hasta ese punto nada hubiera sucedido, pero continué reflexionando sobre el incidente y cegado como estaba, tomé el peor de los caminos. ¡Fue algo que hoy no comprendo por qué lo hice! Un raptó de bondad me aconsejó entregar los cinco centavos al cobrador, quien posi-

blemente los necesitaba más que yo. Me ti la mano en el bolsillo en ademán de sacar dinero y lo llamé, mas súbitamente comprendí mi error: todos creerían que él había tenido la razón, y aunque cotidiano es equivocarse, pudo más mi orgullo. Al extender el otro la mano hice un gesto negativo con la cabeza. Dueño de más serenidad que yo, me miró compasivamente y dijo con frialdad:

—Guárdeselos para que no sufra mucho, ¡miserable!

Quedé anonadado. Quise pegarle pero me contuve, pues comprendí que buena parte de lo que me sucedía era fruto de mis errores. La situación era penosísima. Me sentía turbado, como un niño a quien regañan delante de gente extraña. Sabía con claridad táctil que era el centro de todos los comentarios, especialmente de los que hacían el del rostro abotagado, quien me señalaba con el dedo como a un criminal.

Pasados unos minutos horribles, comprendí que sobraba en aquel infierno y como estaba cerca de mi meta me bajé, cabizbajo, fugitivo, cual si acabara de sufrir una pobre derrota. ¡Caminé precipitadamente las dos o tres cuadras que me separaban de mi departamento, y al llegar había desechado aquellos enemigos que tanto me hicieran sufrir!; que podría descansar arrojar el peso que soportaba mis nervios cansados, pues el vaso estaba lleno y una sola gota más habría sido excesiva.

Algunos de ustedes habrán vivido situaciones semejantes a la mía y podrán comprender que la más leve

disonancia bastaba para romper los hilos de mi voluntad. En aquel momento no era dueño de mis impulsos y para sosegarme nada mejor que un sueño profundo como el que anhelaba. Abrí la puerta y distinguí con fruición el bulto blando de la cama. Me desvestí atropelladamente, arrojé lejos la ropa y me dejé caer, flácido, dispuesto a gozar del reposo.

Yo vivía en una pieza grande que había sido dividida en dos partes por un tabique de cartón. El otro lado estaba ocupado por un sujeto a quien veía muy pocas veces, ya que casi nunca coincidíamos en el momento de llegar.

Aún no estaba yo acomodado cuando llegué a mis oídos un aire popular que en las semanas anteriores me había martirizado, tanto por su música salvaje como por el estribillo vulgar y del peor gusto conocido. La voz ronca y desafiada venía a turbar el ambiente, ¡en el momento justo en que trataba de encontrar la paz que necesitaba! ¡Aquella canción, mezcla híbrida de romanticismo enfermo y sensualismo de mala especie, hacía el efecto de un taladro en mi cerebro! Anhelaba yo la soledad plácida de una campiña o la dulce melancolía marina, ¡y he ahí que me obligaban a ingerir en dosis crecidas el veneno de nuestras grandes y corrompidas ciudades!

Al principio traté de resignarme, pero no pude, me fue imposible hacerlo. ¡Sentía que mi cuerpo ardía en el combustible de aquel ritmo salvaje! Enseguida, sobre el fondo cruel, me vinieron a la memoria los recuerdos

agrios de las horas anteriores. Incidentes que en otras circunstancias hubieran parecido banales, tomaban ahora ante mis ojos cansados, proporciones fantásticas. La ausencia de público en el teatro, la música fúnebre, los detalles desagradables del tranvía, y finalmente la degradación a que llegara el ate popular, simbolizado en aquella canción, ¡se me aparecían como grandes lacras sociales que debíamos extirpar!

Dispuesto a contenerme hasta el último instante, rogué con suavidad a mi vecino que me hiciera el favor de suspender la canción, alegando que me sentía enfermo. El dio un grito insoportable, y con oz que hoy recuerdo, me dijo que tenía completa libertad de hacer lo que se le antojaba.

—¡No a estas horas! le repliqué.

Haciendo caso omiso volvió a entonar el estribillo, primero con débil volumen aumentando paulatinamente, pretendiendo con ello martirizarme más. Una vez fatigado, dejó de gritar. Yo se lo agradecí, aunque comprendía que lo había hecho por necesidad; pero él, que aquella noche tenía escrito su final, empezó nuevamente y con mayor intensidad. Desesperado como estaba, me levanté y en la oscuridad agarré el primer objeto que hallé a mi paso. Era, desgraciadamente, un pedazo de hierro macizo. Me acerqué al tabique y di allí algunos golpes. Sentí cómo el otro se levantó y saltó con agilidad felina, encontrándome frente a un bulto de tamaño superior al mío. Lanzó tres gritos espantosos, lo insulté, me propinó

un bofetón y yo el único golpe, que fue suficiente, porque vi el robusto cuerpo que caía.

Ustedes saben lo que pasó después. Les parecerá un poco extraño lo que acabo de contar, mas antes he jurado decir solamente la verdad. ¡Mi víctima pagó por los otros que me habían hecho sufrir!”

—1944—

Un mal paso

Tomás dio aquel mal paso, obligado por las circunstancias, con un poco menos de hambre quizá no lo hubiera hecho. La idea de tomar lo ajeno siempre le había repugnado, mas ahora que no solo meditaba sobre la manera de hacerlo, sino que aceptaba como único medio el camino de la violencia. No quedaba otro recurso, en dos días solo había comido un duro pedazo de pan.

Antes de pensar en el robo acudió a todos los sitios en donde otras veces solucionara situaciones parecidas. Recurrió a los pocos amigos para demandarles una moneda y ellos cruzaban periodos semejantes al suyo; anduvo de puerta en puerta mendigando retazos de alimentos, mas estos pertenecían a los perros, hambrientos también como él. Por fin, extenuado, sentóse sobre el frío andén y esperó a que alguien se compadeciera. Nadie dejó caer una moneda en su mano, cansada de permanecer como un ave huérfana en el aire.

Fue allí donde nació la idea, que al principio rechazó como algo impúdico y que poco a poco se apoderó de su voluntad, cual un tentáculo tibio y voluptuoso. Inútilmente protestaron las escasas energías que aún le quedaban.

Miraba cualquier cosa cuando sus ojos se detuvieron, extasiados sobre aquel hermoso pavo frito, que ofrecía su blanda carne a los transeúntes. Había en la vitrina otros platos, pero ninguno como los muslos casi mórbidos del magnífico ejemplar, que reposaba sobre el lecho incomparable de una ensalada. Tomás sintió que su estómago se contraía en el vacío, mientras la boca se le llenaba de saliva.

Lo contempló largamente y tuvo deseos de lanzarse contra su presa, pero se contuvo. Aún se paseaban por las calles las últimas parejas que asistieran al teatro vecino esa noche, y que ya no tardarían en alejarse. Mientras tanto se retiró un poco para no hacerse sospechoso y con cerebro acalorado concibió el plan de ataque: La cosa era sencilla: cuando la soledad llenase la calle, golpearía con una piedra el cristal y tomaría el pavo. El resto de la hazaña dejábaselo a sus piernas.

Pasó una hora de afanosa espera. En ella saboreó de antemano los placeres que como promesas escondía esa piel morena, cuya imagen tenía, inseparable, ante los ojos.

El frío nocturno vino en su ayuda. Acercóse lentamente, abrió el pedazo de papel en que pensaba envolver la presa y observó a todos los lados. Nada se movía. El corazón, fiscal rígido, rebelábase furioso y la indecisión le quemaba el pecho, pero pudo más el hambre. Levantó la piedra, dio un fuerte golpe que hirió la oscuridad con voces cristalinas, y sin perder un solo segundo, agarró la masa codiciada. Inmediatamente se dio a correr, angustiado. Algunas gar-

gantas gritaban a su espalda y tres silbidos le anunciaron el peligro: al volver la cabeza notó con terror que era perseguido por un agente de policía.

La distancia que los separaba era considerable, y quizá en un esfuerzo desesperado podría escapar, ayudado por las tinieblas. Apretó el tesoro que llevaba, respiró profundamente y corrió con velocidad que en él nunca sospechara. Muchas veces tuvo deseos de volver a mirar, más comprendiendo que cualquier vacilación acabaría de perderlo, continuó su carrera, espoleado por la sinfonía confusa que los gritos dejaban tras él.

Hubo un momento en que no pudo más. Su respiración era agitada y los músculos temblaban fatigados. Aprovechando la ventaja ganada se detuvo un instante para recoger energías y solo cuando volvió a oír el silbido fatídico emprendió de nuevo la fuga.

A pesar del hambre su cuerpo tenía aquella noche agilidad increíble. Se movía bajo un hermoso presentimiento: la carne blanda del pavo que apretaba contra su corazón. Tal vez sin ese aliciente delicioso no hubiera podido soportar prueba tan ruda.

El agente tampoco desmayaba en su propósito y, lo que era más terrible, hacía sonar la pequeña alarma, a la que pronto contestó otra. Tomás se creyó perdido! Frente a él, a unos veinte metros de distancia, apareció un hombre que trataba de localizar el sitio de donde venía el silbido. El muchacho, ganando la pausa y la indecisión, con movi-

miento rápido desvió hacia la izquierda, no sin comprender que tenía tras de sí a un nuevo sabueso cuya superioridad era notoria.

Corrió, corrió desesperadamente. Sabor amargo se le pagó a las encías y el mareo empezó a enroscársele al cerebro cual áspid nauseabundo. Hizo un último grande esfuerzo y alcanzó por fortuna el bosque, cuando ya oía nítidamente los pasos de su perseguidor sobre el pavimento.

La oscuridad era apretada y cualquier árbol podía servirle de refugio. Instintivamente, pues los ojos se le nublaban, buscó un tupido lecho de hojas grandes adonde con frecuencia iba a descansar y se dejó caer.

Durante varios minutos los dos cuerpos pasaron a su lado y casi llegó a tener de ellos sensación táctil. En un momento doloroso creyó que lo habían descubierto, y que por medio de aquella broma cruel se complacían en jugar con su desgracia, como las garras del gato con el ratoncillo azorado. Entonces su pensamiento tuvo un solo objeto; la carne dorada del pavo, que sus manos apretaban amorosamente. Se dispuso a engullir la mejor parte, pues si debía espiar una culpa lo haría, por lo menos, después de obtener algún beneficio. Sin embargo la suerte lo acompañaba: oyó maldiciones que como puñales se clavaron en el silencio nocturno, y las voces fueron decreciendo hasta perderse definitivamente por las bocas de las calles.

Después de larga espera respiró con plenitud, y una sensación de seguridad y alegría brutal pareció entrar a su

ser, en alas del aire frío y perfumado. Sintió que su carne se confundía poro a poro con la tierra generosa, con las mil savias vegetales, bajo el manto de aquella noche pródiga.

De repente, una contracción dolorosa del estómago vino a recordarle que durante cuarenta y ocho horas había vivido con las energías milagrosas que le diera un panecillo de cinco centavos. Triunfal, de pies, en actitud victoriosa, empezó a quitar lentamente, con cariño de amante, las hojas de papel que cubrían el fruto de su acción prohibida. ¡No lo hubiese cambiado en aquel momento por piedras preciosas!

Una vez completamente desnuda, la acarició voluptuosamente con la pulpa de los dedos y la sintió muy fría, demasiado fría, ¿pero que importaba la temperatura, mientras no hubiese perdido el aroma lascivo de las especias?

La olió, y su olfato no pudo apreciar bien los distintos matices, quizá —pensó— a consecuencia de la fatigosa carrera. Todo eso era secundario. Solo importaba, por el momento, llenar el estómago, que los refinamientos vendrían después.

¡Había llegado al instante supremo! Levantó el pavo en alto y con gesto felino, como tanta felicidad pudiera desvanecerse de golpe, sus mandíbulas tomaron la primera porción y se dispusieron a triturarla, pero... tuvo una sensación horrible, desabrida y acre... Qué sucedía. Escupió la masa desagradable y buscó una parte más blanda. De nuevo sus dientes se pusieron en contacto con algo duro, terroso, que iba a herir sus encías.

Sudor viscoso empezó a correrle por el cuerpo, y un pensamiento fúnebre, letal, clavóle agujas en el pecho. Miró con detención la presa, la tocó menos ilusionado y comprobó, el alma encogida de tristeza, lo que nunca sospechara: ¡había robado un pavo de pasta, quizá de barro, de aquellos que usan las grandes casas comerciales para hacer propaganda, o simplemente como exhibición! El vientre era vacío y al golpearlo daba un sonido hueco, que en la noche tenía mucho de espectral.

En los primeros minutos llenaron su pecho sentimientos contradictorios. No sabía si llorar o reír. Lo sucedido era extraño y al mismo tiempo tan explicable, fácil de aceptar, pero repugnaba tanto a su condición de hambriento, que solo podía ser aceptado como una ironía más en su destino. Furioso alzó el pedazo de barro y lo arrojó violentamente contra las piedras, mas enseguida no pudo contener una carcajada que le abrió, cual una flor, los labios contraídos.

El concierto

El joven músico Claudio Silva, regresó a la ciudad después de tres semanas de ausencia. Compró uno de los diarios vespertinos y mientras recorría los grandes titulares, sus ojos se detuvieron ante una noticia que lo hizo estremecer de alegría. Casi no podía creerlo: “Esta noche, —decía— en el concierto de gala de la Orquesta Sinfónica, será estrenado el Poema musical “Primavera”, original para piano, de un joven compositor cuyo nombre no se ha querido dar a conocer todavía. La transcripción para orquesta ha sido hecha por el Maestro Director Ignacio Salas”.

Camino hacia su casa recordó la historia de esa composición que, por fin, iba a ser conocida: habíala escrito hacía cuatro meses, bajo el hechizo de un delicioso paisaje tropical. Aún no acababa de pulirla cuando se la llevó al maestro Salas, viejo amigo suyo. Este, después de tocarla repetidas veces, le había dicho con su habitual franqueza:

«La obra denota inspiración juvenil poderosa; hay en ella vida y salud, pero a la vez adolece de algunos errores técnicos, debidos a la precipitación con ha sido desarrollada. Venga cuando tenga ya algún tiempo libre y la corregiremos. También haremos la orquestación y con ella ganará en gracia y colorido. No se preocupe por darla a conocer, pues todavía

no le ha llegado su hora... recuerde que la primera impresión ha de ser la mejor. Déjemela y la estudiaré detenidamente».

Había cambiado de opinión. ¿Por qué, súbitamente, decidía estrenarla y en un concierto de gala? ¿Para no desanimarlo quería evitarle el espectáculo doloroso de un posible fracaso? ¿Por eso no lo había informado del propósito y aprovechaba su ausencia? Estas dudas se agolpaban en su cerebro, mientras el pecho le temblaba de orgullo. ¿No era emocionante, acaso, que algo divino, nacido de su espíritu, hiciese latir más fuertemente los corazones? Su ambición artística sentíase satisfecha conque uno, uno sólo, vibrase humanamente bajo el influjo de su música.

El título que escogiera su precepto era sugestivo y apropiado: «Primavera» ... primavera... Sumido en estas reflexiones llegó a su habitación. Comió cualquier cosa y apresuróse a cambiar el vestido campestre por otro más elegante. «A lo mejor —pensó— se empeñan en hacerme salir al escenario, si saben que estoy allí. Es necesario ir prevenidos para todo. Además, debo idear algunas frases de agradecimiento y demostrarles que no soy un advenedizo. ¡Cuán cara resulta la gloria!»

Sentóse al piano y trató de recordar el Poema, pero estaba tan agitado que solo pudo extraer de su memoria fragmentos aislados. Para apaciguar sus nervios inquietos salió a caminar, mientras llegaba la hora del concierto. Sus pasos lo llevaron a distintos lugares, mas nada requería su

atención. Por fin, lleno de inquietud se dirigió al teatro, compró un boleto de palco retirado y se acomodó en un sitio donde las miradas indiscretas no lo importunasen.

La noticia había causado buena impresión, pues el teatro se hallaba colmado tempranamente. Esto lo impresionó. ¿Si la obra no gustaba? Tuvo deseos de correr a onde el maestro Salas y rogarle que pospusiese el estreno, pero se contuvo. «Si él se atreve a estrenarla, —dijose— lo hace porque tiene confianza. Con el arreglo orquestal habrá mejorado mucho. Además, ya es tarde. Confío en su habilidad».

Los músicos ocuparon sus asientos y no tardó en aparecer el maestro Salas, sobre cuya frente ponía la vejez sus primeras escarchas. Claudio comprendió que en manos de aquel artista la más tosca materia adquiriría formas sublimes. Su batuta imprimía fuerza y sabor a las páginas musicales más frías.

Se inició el programa con la obertura “Trágica” de Brahms. Serena melancolía pareció difundirse por el ambiente. “El comienzo ha sido bueno. —se dijo— Así, el contraste será mayor. Después de esta tristeza que las notas dejan en el alma, mis melodías claras obrarán como estimulantes”.

Vino después la “Tercera Sinfonía” de Beethoven. El primer tema, enérgico, despertó las conciencias aletargadas. Luego, el torrente heroico se incorporó a la sangre con fuerza inesperada. Los rostros parecieron desdibujar las arrugas enfermas que antes plasmaran. Un temblor de epo-

peya estremeció los pechos, como si el vaho de mil corceles victoriosos se hubiese vertido por las gargantas delgadas de las trompas.

El segundo movimiento, “Marcha Fúnebre” trajo nuevamente la angustia soberana. Hubo un contraste sombrío que se posó dolorosamente sobre la sensibilidad de Claudio, punzada ya por las emociones personales y la llevó a los mas profundos estratos de la depresión y el miedo. ¿No era un fatídico preludio de su derrota? ¿Cómo deseaba en aquel momento encontrarse muy lejos de allí!

Desde el “Squerzo” en adelante nada supo del o que pasaba a su alrededor. Limitóse a controlar sus sentimientos mientras las dudas retornaban con insistencia. Su futuro, su honor de artista, lo que más amaba iba a jugarse en un instante. No olvidaba las palabras de su maestro: «Recuerde que la primera impresión ha de ser la mejor». Conocía muy bien a ese público, admirador de los valores consagrados, pero dispuesto a inmolar en el fuego de su resentimiento a quien, cerca de él, quisiera levantarse sobre su mediocridad.

Los aplausos del final trajéronlo a la realidad. Durante los diez minutos de intermedio su mirada febril escrutó los semblantes. ¿Estaban dispuestos a reconocer los posibles méritos de la obra, o llevaban de antemano un concepto negativo? Aquellos seres acostumbrados a la tristeza, aquellos labios inmunes a la risa, ¿serían capaces de distender sus almas encogidas? ¿Permitirían que algunos rayos de luz llegasen a los antros de sus miserias cotidianas?

Unos hablaban en voz baja y sonreían con benevolencia; otros permanecían, serios, en sus asientos, preparando la sensibilidad para el difícil problema estético que les iban a plantear; los más se movían curiosos e inquietos y buscaban en el rostro amigo la pauta que les sirviese para juzgar la obra.

Cuando el maestro Salas movió la batuta incisivamente, Claudio creyó que había lanzado una saeta a su corazón, tal era el estado anímico. Sus oídos fueron casi sordos y sus ojos ciegos. Una sensación oscura de impotencia, de aniquilamiento interno lo llenó para dar paso luego a otro extraño sentimiento: ¿era esa su obra? En su obnubilación sintió que las melodías habían cambiado de sabor. Podía ser efecto de la orquestación, mas hubo momentos en que aquella música le pareció desconocida, aunque el espíritu fundamental permanecía intacto: la misma alegría clara, llena de savias vegetales; la misma pujanza de la naturaleza, escapándose de sus cauces; todas las bellezas elementales hablando por las bocas plateadas de las trompetas y los arcos, como ríos, de los violines. Pronto el aire risueño de la primavera saturó los corazones y las cosas y pareció arrastrar consigo, a su paso, los últimos velos negros que flotaban en el ambiente. Claudio fue feliz al comprender que su música iba regalando un poco de optimismo a cada uno de los oyentes.

Su felicidad fue pasajera. En el «Adagio» notó claramente cómo el maestro Salas había desfigurado el poema sinfónico, impregnándole un sabor ajeno. Su sinceridad

juvenil se reveló, y a no ser por el aprecio filiar que sintió siempre hacia su profesor, habría protestado públicamente. Los auditores, tal vez inconscientemente, rechazaban el cambio, pues empezaban a bostezar y daban otras muestras de aburrimiento. «¡Claro, —decía airado Silva— la desigualdad es notoria! Por muy compenetrado que se hallara con el clima artístico del Poema, ¡su emoción no coincide con la mía y todas las reformas introducidas disuenan!»

La atmósfera se hacía más pesada. Encogido en su rincón Claudio padecía porque alguien habíase atrevido a tergiversar la más sincera de sus creaciones. Después de largos minutos crueles concluyó por fin el movimiento y pudo respirar, cual si le hubiesen cortado un nudo constrictor en la garganta.

El “Final” se inició con temas ligeros que acariciaban los oídos y se alejaban, para volver disfrazados y seguir así, en forma de fuga, dejando una huella dulce en la conciencia. Claudio sonrió placenteramente, aunque comprendió que su alegría era prestada. Esas filigranas no eran exactamente las que había concebido aquella tarde, cuando la brisa se complacía en jugar con las cosas menudas. ¿Pero no sufrió también antes por la misma causa?

Ya la sangre emocionada dilataba las arterias, cuando se fue insinuando la conclusión con una serie de acordes que, enlazados, parecían arrastrar en sus mallas toda la alegría del mundo. Claudio tembló. ¿Era él mismo quien en momento sublime arrancara tanta decadencia al paisaje?

Aquel final debió de haberlo compuesto en un raptó ciego, por eso ahora le parecía extraño, desligado de su ser.

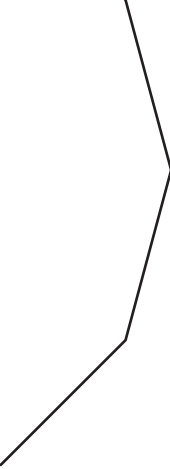
El acorde final abrió la compuerta al río de pasiones reprimidas. Los aplausos dementes parecieron el último componente del “Poema”, que la naturaleza reclamaba; la manifestación de las granes fuerzas subterráneas; el grito clamoroso del corazón de la tierra.

Claudio permaneció inmóvil, exhausto. Al momento no comprendió que esa vibración unánime era el reconocimiento espontáneo de la obra. Mas pronto lo sintió nítidamente: «¡Es a ti, a ti que dudabas de tus facultades, a quien aclaman! ¡Te reconocen como a uno más en el bosque maravilloso del arte!».

Una voz primero y después un coro delirante empezaron a gritar:

—¡¡El autor!!... ¡el autor!!... ¡que salga el autor!!

Había llegado el momento supremo. Las piernas no le obedecían. Agarrándose de los brazos de la butaca, se puso de pies. Sus extremidades temblaban y su pecho era un enjambre de confusiones. Respiró profundamente para sosegar, arreglóse el nudo de la corbata y después de un minuto de cavilación cruzó por entre dos muchachas que estaban a su derecha. Ellas lo miraron con indiferencia y él se rio para sus adentros: «La sorpresa que se van a llevar cuando que yo, que estuve a su lado sin que me determinaran, y que ahora desprecian, soy la causa de sus arrebatos, del movimiento tembloroso de sus bellas manos».



Una nueva descarga de aplausos lo hizo estremecer. ¿Pero...de qué se trataba? ... quién era ese intruso que acababa de entrar al escenario y hacía venias al público? Ahora llegaba el maestro Salas y lo señalaba con su afilada mano. Entonces, despechado reconoció el engaño en que estuvo sumido durante dos horas. En vano trató de simular como propio algo que no le pertenecía. Su orgullo caótico mintió hasta el último instante, lo llevó hasta un punto muy elevado y la caída fue vertical.

Por cuidarse mucho de la honradez ajena, descuidó la propia sinceridad. También él había compuesto un poema sinfónico que por su ambiente podía ser llamado «La primavera» y el cual el maestro Salas juzgó con benevolencia. ¿Pero acaso, nadie más escribía música festiva? ¿Sólo su alma era joven?

Confundido entre la muchedumbre, como uno de tantos, salió del teatro. “Después de todo —pensó— he sufrido esta noche y he gozado mucho más que los otros juntos. Mi emoción ha sido —quizá— la única sincera. Eso basta”. Mientras caminaba vio que en la azul llanura nocturna, una estrella le guiñaba su ojo burlón.

—1946—

Los ojos de la gitana

Querido amigo:

¿Me preguntas por la causa de mi súbito brote de generosidad, al obsequiarte el precioso objeto que tanto yo estimaba? ¿Te extraña que, aunque siempre rehusara vendértelo, a pesar de las buenas ofertas que me habías hecho, te lo enviara de pronto, como algo de que deseaba deshacerme? Te contaré cómo sucedió todo y qué suerte de motivos actuaron sobre mi voluntad, para obligarme a dar este paso.

Hace cinco noches llegué a mi departamento, después de algunas horas quemadas entre el licor y las mujeres. Temprano había salido con los amigos de siempre, llevaba en el pecho una pena cotidiana, de esas que a pesar de su insignificancia real, vierten lentamente su veneno en la sangre.

Mi comportamiento con Mariela fue mezquino y cobarde. Tú la conoces y sabes cuánta pasión puso en ese amor, al cual sólo llevé cálculo interesado y egoísmo. Mientras ella dejaba crecer libremente la hoguera de su cariño, yo iba buscando el pretexto que me sirviese para terminar con aquella, que para mí se convertía en farsa un poco ridícula y pesada.

La tarde anterior, aprovechando un motivo baladí, le envié una nota escueta, insinuándole el deseo que tenía de acabar

nuestras relaciones. Sentí gran alivio, mas a pesar de que intenté justificar mi acción, el remordimiento me apretó paulatinamente la conciencia e hizo presa de mi voluntad durante largas horas de cavilación. Fue un acto pequeño, miserable, de los que dejan una cicatriz sucia en el alma. Lo sentía claramente y era difícil olvidarlo. Mariela llegó a mi vida cuando todo era gris, tocado de melancolía, y con su presencia fue lenitivo en las horas más áridas y oscuras. Pero casualmente, por esa fidelidad e infantil abandono, la sentía cada vez más ligada a mí y comprendía que después habría sido imposible arrancarla de mi sensibilidad. Como no podía unirme definitivamente a ella, la única solución posible era romper con violencia, aunque inicialmente sangráramos un poco.

Al regreso de la ronda nocturna me sentía completamente sosegado. Vivía en ese límite de la inconciencia en el que es difícil cualquier pensamiento lógico, y en el que la vida se mueve ingrávida, sin lastres mortificantes. Todo me parecía comprensible, humano, cargado de un delicioso fatalismo que debíamos aceptar. El alcohol desalojaba de la conciencia los pensamientos turbios que tanto me afectaran. Pensaba que quizá yo había dado demasiada transcendencia a un hecho natural; que Mariela me olvidaría con la misma facilidad con que llegó a mí, y nuestras existencias continuarían cada una por su ruta, en busca de nuevas conmociones vitales.

Me desvestí y busqué el lecho, dispuesto a disfrutar de la paz anhelada. Primero fue un estado de plácido olvido, de calma absoluta, en irreal atmosfera, como el

sueño me rodeara con su velo intangible. Aquel estado no se prolongó mucho tiempo. Paulatina, lentamente, volví al clima natural y permanecí largos minutos en la tibia voluptuosidad de las sábanas, luchando por dormirme mientras los pensamientos invadían mi cerebro y me llevaban nuevamente al mundo de los mezquinos conflictos.

Comprenderás que muy pronto volvió la pesadilla de Mariela y con ella el problema de vanamente tratara de ahuyentar. Entonces, en la soledad de mi alcoba la lucha tuvo caracteres grotescos. Las autoacusaciones, los reproches de los días anteriores, volvieron a desfilarse con patetismo inusitado. Detalles pueriles tomaron dimensiones fabulosas. Me sentía culpable de lo que pudiera sucederle a Mariela; pensaba en la violencia del golpe que diera en su corazón sensitivo, y hasta llegué a creer en un final trágico del cual yo era causa única. Este pensamiento me hizo temblar. Tuve deseo de correr a su casa y pedirle perdón por mi canallada, pero temiendo llegar demasiado tarde y encontrar un cuadro trágico, permanecí en medio del caos y la incertidumbre que las tinieblas hacían más terribles.

Me levanté, hice luz y ambulando alrededor de mi alcoba quise ahuyentar los fantasmas. Fue entonces cuando recordé una medida terapéutica que en situaciones parecidas me diera buen resultado: escribir mi situación; analizar sobre el papel los diversos aspectos del problema que me atormentaba. Era una especie de confesión que derivaba buena parte de la carga efectiva.

Tomé algunas hojas de papel y después de largo rato de cavilación ante el escritorio, luchando por ordenar los pensamientos, empecé a escribir. Las ideas caían confusas, como el raciocinio dislocado de un demente. Dos otras veces rompí las cuartillas que albergaban entre las letras atormentadas el fruto de un cerebro calenturiento.

Sin embargo, poco a poco logré coordinar las frases y en forma escueta, rudimentaria, empecé a recordar el idilio con Mariela. A pesar de que mi conciencia pretendía mentir, hube de aceptar la forma generosa y desinteresada cómo se acercó la primera vez a mí, y cómo en todas las circunstancias fue ella quien más dio. Con frecuencia tuve el propósito de escribirle, pidiéndole que renováramos el romance aún fresco en su mutilación. Pero pudo más el egoísmo.

Todavía se prolongaba la lucha que debía decidir mi futuro respecto a aquel intermedio romántico, cuando sucedió lo imprevisto. Acababa de terminar un extenso párrafo y me recosté a meditar sobre el respaldo de la silla. Con movimiento cualquiera, involuntario, mis ojos se posaron sobre el cuadro. No había reparado antes en él porque las sombras de la pantalla lo escondían en su penumbra. Pero ahora, en la posición en que yo permanecía, se me presentaba con toda su fuerza de colorido, con la firmeza en el trazo que siempre admiramos.

Allí estaba el rostro trágico, vengativo de músculos fuertemente aprestados en las comisuras; el pecho erecto, capaz de albergar con intensidad desde la pasión amorosa hasta el cri-

men animal; en la mano el pequeño puñal, aprisionado fuertemente, dócil a los movimientos de la carne. Sobre todo, me fijé en los ojos...no, ¡miento! ... ellos se fijaron en mí! ¡Sentí pavor! ¡Qué terrible sensación me causó el brillo maligno que emanaba de ellos! Un viejo enemigo allí detenido, listo para la venganza, no me hubiese mirado con tanto odio.

«Es una buena obra de arte» —pensé— y busqué el papel para continuar mi confesión escrita, pero fue imposible. Tuve miedo, como si alguien me observara desde la oscuridad, y comprendí que era ella, la gitana, la causa de mi perturbación. Levanté la cabeza y una aguja de calofrío me recorrió el cuerpo al sentir sobre, más allá de la piel, clavados en los nervios las cuchillas de sus pupilas. ¿Por qué me miraban de aquel modo? Muchas veces lo había observado detenidamente y fuera de su perfección pictórica nada en ellos me llamó la atención. Entonces, ¿en aquellos segundos de angustia qué extraño fuego los animaba?

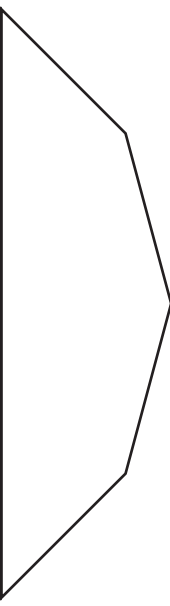
«Después de todo, no deja de ser un lienzo y un poco de pintura —reflexioné— ¿A qué asustarme así?» No había escrito tres líneas, cuando una fuerza superior, obsesiva, me obligó a mirar de nuevo el rostro. En mi angustia quise dar una explicación lógica al fenómeno. Siempre que mirara antes aquellos ojos, me parecieron serenos. ¿Era yo quien ahora los llenaba de un dramatismo del que en realidad carecían? O... ¿quizá ella, la eterna mujer, vengaba a Mariela de la injusticia cometida? ¿Era la voz ronca de mi conciencia, acusándome fríamente?

Llegué a olvidar el problema amoroso que me preocupaba y mi atención ya no pudo apartarse del cuadro. A pesar de las razones pueriles que el miedo me dictaba, había un hecho absoluto, inmodificable: dos ojos crueles me miraban con perfidia cual nadie antes lo hiciera. ¡Fue imposible tolerarlos! Para librarme de ellos me fui al lecho y apagué las luces, pugnando por eliminar el hecho físico que me atormentaba.

Inútil. En medio de la oscuridad, cual dos agudo estiletes que me señalaran, los veía, fijos, imperturbables; tenía la sensación táctil de que atravesaban las tinieblas para tentarme como dos tentáculos pegajosos. ¡Ya no pude retirar la mirada del sitio donde pendía la gitana y sus ojos y el puñal! «¡No más, no más!» —dije débilmente, como si ella pudiera oírme—. Mañana iré donde Mariela y cerraré la herida que he abierto. ¡Dejadme ahora en paz! ¿Por qué ha de ser usted quien me castigue?

Me deslicé bajo los edredones, pretendiendo levantar una muralla entre el cuadro y yo. Más me asfixiaba y empecé a sudar copiosamente. No podía permanecer en aquella situación penosa y en un momento desesperado vislumbré la única solución: ¡salir! ¡Alejarme de allí! Era pueril enfrentarme a un enemigo intangible, al que no podía herir. Un ladrón, un criminal, habrían despertado mis energías latentes, pero ¿qué intentar contra un pedazo de lienzo que colgaba inánime?

Vestíme rápidamente y salí, sin volver a mirar el sitio fatídico. Anduve temeroso por callejuelas solitarias. A



cada momento tenía la impresión penosa de que me perseguía; me parecía oír sobre las losas del pavimento a unos pasos muy débiles que me remedaban el ritmo de los míos. Sin atreverme a mirar atrás, fugitivo, empecé a correr y extenuado llegué al centro de la ciudad, donde aún había manifestaciones de vida nocturna. En rincón apartado de un cafetín me senté, cerca a un grupo de gentes que libaban. ¡Por fin descansé! Sabía que hasta allí no podría llegar; que la solidaridad humana que acababa de establecer con aquellas personas, me defendía del brillo maligno de los ojos. Pedí cualquier cosa de comer y, sosegado, mientras observaba las figuras geométricas que insinuaban sobre la mesa las bolas de marfil, se me acercó el sueño y puso un beso tibio sobre mi frente.

Desperté muy tarde. En el primer segundo me extrañó la situación anómala, pero inmediatamente recordé los incidentes de la noche pasada y con afán tomé el camino de mi departamento. La mañana era clara, el miedo se había disipado, y no pude menos de sonreír al evocar mi estado de angustia infantil, ante algo tan irreal y muerto como una vieja pintura. Deseaba estar cuanto antes frente a los ojos de la gitana para lanzar un reto: probarles que el triunfo de la noche anterior debíase a factores a mí adversos, como el alcohol, creador de fantasmas, y al remordimiento de mi acción injusta con Mariela.

Allí estaba, como siempre, sin que el menor detalle hubiese cambiado. Lo miré detenidamente... todo igual...

sin embargo... los ojos... ¡los ojos!... no, no tendría fuerza suficiente para tolerarlos! Sabía muy bien que durante el día, a plena luz, tal vez podría soportar su presencia; pero en la noche, cuando los objetos visten dimensiones extrañas, y el más leve ruido punza los nervios, no podría.

Recordé los minutos atormentados, la sensación de asfixia, el estremecimiento ante lo abismático y desconocido. Era inexplicable y, por lo mismo, pavoroso.

Todo, menos una noche como la anterior.

Bajé el cuadro para esconderlo en un pequeño cuarto donde dormían algunos objetos inútiles. ¿Pero acaso, las tinieblas fueron capaces de destruir su hechizo terrible? ¿No me había perseguido a través de la oscuridad cual fuego fatuo? Entonces tomé la decisión de destruirlo y cuando formaba la hoguera que debía aniquilar a mi enemiga, me acordé de ti. Tal vez tú, que no has sentido en la oscuridad cómo son las miradas del remordimiento por una acción cobarde, puedas encontrar placer estético donde yo solo he visto las miradas rencorosas de una mujer vengativa y cruel. Porque quien fue sorprendido en un acto mezquino, ya no podrá tolerar fríamente los ojos de su testigo. Por eso te envié el cuadro. Es inútil que me lo agradezcas, pues no fue generosidad sino miedo.

La última prenda

Adiós Lucía. Si tardo mucho no me esperes; debo despachar algunos asuntos urgentes.

Pedro Cifuentes había mentido por primera vez a su esposa. En realidad, su compromiso nada tenía que ver con los negocios. Por el contrario, se trataba del juego, del sugestivo póker, que desde días atrás lo envolvía en sus mallas peligrosas. Aquello que empezara como simple diversión iba degenerando en vicio. Ya se había convertido en necesidad imperiosa, y como la suerte lo acompañara en las primeras experiencias, embriagado no medía sus pasos, antes bien se decía: «¿Por qué continuar trabajando, si una noche me da más que toda una semana de sufrimientos?»

Caía una lluvia menuda. Caminó primero por calles céntricas y lentamente se fue internando por arrabales inmundos, cuya vida nocturna era motivo suficiente para alejar a un hombre de su condición; pero el instinto tenía razones más poderosas que las muy débiles aducidas por la conciencia.

Finalmente se detuvo frente a una casa miserable, dijo unas palabras agoreras, y golpeó cuatro veces a la puerta, según lo convenido. Pasados unos segundos, una voz lo interrogó desde adentro y luego abrió discretamente. Ante

las caras nuevas sintió pasajera desconfianza, pronto desvanecida por el whisky que manos amigas le brindaron.

Allí estaban, Manuel, viejo amigo suyo, quien lo había traído la primera vez; un señor obeso, de rostro abotagado y monóculo, que hablaba muy poco y fumaba incesantemente; Don Pablo, dueño de la casa, tahúr profesional, persona de amabilidad empalagosa, y otros dos sujetos, amigos de este, que se limitaban a observar.

—Si ustedes quieren, podemos empezar —dijo Don Pablo.

Todos aprobaron. Cada uno buscó el sitio preferido, mirando recelosamente la posición de los cuadros en la pared, las figuras de la carpeta, los minutereros del reloj, y otros detalles absurdos. Eran las nueve y trece minutos de la noche. Aquel trece impresionó favorablemente a Cifuentes.

Como de costumbre, inicialmente las apuestas eran muy bajas: diez, veinte centavos, a lo sumo una moneda de cincuenta; pero paulatinamente fueron ascendiendo, y aún no había transcurrido una hora cuando aparecieron los primeros billetes triunfantes sobre la mesa. En el juego al igual que con ciertas drogas excitantes el organismo adquiere cada vez que las recibe resistencia para dosis mayores. Arrojado el lastre del miedo las pasiones navegan a merced de todos los vientos.

Pedro ganaba. La casa veleidosa de la fortuna le sonreía desde el principio. Eso le tenía preocupado, pues en otras ocasiones ocurrió un fenómeno inverso. Mas decidida-

mente aquella era su noche y las tenía todas consigo. Por sus manos desfilaban las “escaleras” victoriosas y las “ternas” que hacían arrugar el ceño a sus contenedores. Hasta un miserable par de nueves le había dado algunas docenas de pesos. Paralela a la suerte marchaba su humor. Reía, sus dedos acariciaban furtivamente los billetes, y aún se admiraba de que los demás no compartieran su alegría. Cuando perdía una que otra partida, lo hacía con gusto, pues —pensaba— ¡no era de justicia que todo se lo llevara él!

Llegó medianoche y con el nuevo día pareció cambiar la situación general. Pedro ya no ganaba con tanta frecuencia y los otros iban recuperando el dinero perdido. Los billetes volaban con la misma facilidad que habían llegado, y con ellos voló igualmente la sonrisa picaresca que hasta entonces lo acompañara. A pesar de la caída vertiginosa, al dar el reloj la una Cifuentes no perdió un solo centavo.

Quiso retirarse en aquella hora. Hubo ligera lucha en su interior, pero pudo más la codicia que murmuraba:

—¡No es justo perder cuatro horas de sueño, para levantarse luego sin la más insignificante ganancia! ¡Juega otro rato y con algunos pesos ganados buscarás un motivo para alejarte satisfecho!

Obedeció. Durante una hora no hubo cambio notorio. Después sus cartas fueron malas y empezó a perder. Como la situación se prolongase, ya no lo retuvo el deseo de ganar sino el propósito de recuperar lo perdido, y más tarde se contentaba humildemente con procurar no dejarlo todo allí.

A medida que las tinieblas nocturnas disminuían, aumentaban las de su alma. Cifuentes miraba con terror cómo sus manos, sobre las cuales la voluntad no tenía ya ningún poder, en afán loco votaban las escasas reservas, con las cuáles pensaba en momento feliz recuperarse.

¡Instante trágico en las horas del jugador aquel de la última moneda, que mientras existe alumbra débilmente las posibilidades de un ascenso! ¡Después de él los caminos son oscuros! Pedro no podía resignarse a dejar la mesa como perdedor y la esperanza, estrella guía de los incautos, lo llevó a dar el más terrible de los pasos: a tocar su hogar, lo inviolado hasta ese día.

Con vos que desconocía, dijo:

—Bueno... ¡va el piano!

—¿Por cuánto?

—Setecientos pesos...costó más ...pero...

—Perfectamente. ¡Juega!

¡En aquella ocasión el destino se complacía en jugar con su criatura! Y la obligaba a mirar el barro terreno para recordarle su condición mísera. Durante aquellos minutos vivió Pedro el más terrible de los infiernos. Las arterias le golpeaban con fuerza el cráneo y creía oír en el rumor ronco la voz de su esposa, que le gritaba gimiendo “¡Acuérdate de tu hogar, de tus hijos!... ¡detente ahí!” Como jugaba locamente, perdió. Mas ya no era él; un espíritu extraño sacudía su cuerpo.

—¡Los muebles de la sala! ...sí... ¡los juego!

De las cinco cartas, cuatro estaban sobre la mesa y le eran favorables. Aprovechando esa furtiva sonrisa del azar, quiso sacar de ella todo el fruto posible.

—Van a estos dos pares los armarios... tú los conoces, Manuel. Valen muy bien trescientos pesos.

—Sí, los valen. Pueden apostar a ellos.

Llegó el instante supremo para el perdedor. La felicidad de su hogar dependía de aquel pedazo de cartón que temblaba entre sus manos; de aquel pequeño dios estático. De llegarle una jota o un ocho lo ganaría todo; de lo contrario, de lo contrario... ¡mejor era no pensar en ello!

Muy despacio, imperceptiblemente, leyendo su destino por milímetros, fue separando la punta de la carta. ¡El corazón le apretaba el pecho con violencia! Entrevió un átomo de color. Parecía una figura... en efecto, ¡se trataba de una figura! Pero había tres posibilidades distintas: una le era favorable... las otras dos lo hundirían en profundo abismo. Los segundos se alargaban dolorosamente... no podía resistir más esa llama en los nervios, y con movimiento brusco apartó el antifaz de su destino! Era una Q, con su rostro de mujer perversa, mirándolo trágicamente. ¡Hubiese visto la cara huesuda de la muerte, no sintiera en las entrañas aquella aguja fina que le quemaba las células!

La psiquis humana pasa, con frecuencia, de la exaltación a los bajos fondos depresivos. Cuando una fuerza emocional ha puesto en tensión excesiva las fibras anímicas, al fatigarse estas, viene inexorablemente la relajación. En el desgraciado

Cifuentes aquella carta fue cuchillo que cortó las ansias de ganar que minutos antes lo animaran. De su conciencia se adueñó, como mano afilada, la idea obsesiva del suicidio, la negación de la existencia. Sólo deseaba hundirse aniquilarse sin remedio. Pero ¿y su esposa?... ¿sus hijos? ...No... ¡no podía ser así! ...Algo... ¡algo debía de quedar!

La idea milagrosa llegó en el momento en que la fuerza negativa lo arrastraba con más violencia. ¡Sí! ¡Aún quedaba una prenda y eso bastaba! Recordó que hacía varios años había comprado un cuadro interesante, de pintor conocido, para satisfacer la sensibilidad artística de su mujer. Con voz desmayada lo brindó:

—Quiero perderlo todo...juego lo último que me pertenece: el cuadro “La lucha”, Manuel, que lo conoce, me ha ofrecido varias veces quinientos pesos por él.

—Así es, —afirmó Manuel— Me gustaría poseerlo. Yo lo compro a quien le corresponda. En juego, más que la exaltación debe actuar el raciocinio frío, el pensamiento reposado. En aquel periodo depresivo Pedro volvió a ser el observador muerto de las noches anteriores, que medía cada gesto de sus enemigos, cada mirada, la más insignificante contracción de sus músculos faciales. Llegó a sentir que leía sus reacciones íntimas, y tasó con avaricia todas las probabilidades de cada carta.

Ganó un juego.

A veces basta un destello, una desteñida esperanza, para levantar el alma que se ha sumergido en los profun-

dos pozos de la negatividad. Al ver Cifuentes ante sí aquel grupo de billetes, aquellos corceles minúsculos que podía manejar a su antojo, sintió renacer en él las ansias primitivas. Impávido, como una estatua disponía de su voluntad. Antes de entregar una moneda estudiaba las circunstancias adversas y las favorables. Era un dios que velaba con cautela por la vida de sus criaturas.

Siguió recuperando. El milagro se había obrado.

Cuando se asomaron tímidos los primeros rayos de sol, Pedro había hecho suyos nuevamente el hogar y el dinero. Fue una experiencia dolorosa. Se despidió definitivamente de aquellos seres miserables que lo condujeron al más terrible de los infiernos, y de aquella casa que fue durante algunas horas la más oscura prisión.

Con pasos amorosos se dirigió a su hogar. Sentía una nostalgia infinita, cual después de una larga ausencia. A medida que se acercaba una idea hermosa lo hacía precipitarse, tanto que las pocas personas que discurrían por las calles lo miraban extrañadas. Tenía deseos vehementes de llegar pronto y besar el cuadro querido. ¡Aquella parte de su ser que fue raíz de la nueva existencia!

Su esposa lo esperaba en la puerta. Inmediatamente comprendieron que la gran angustia fue dual. Ella también había sufrido en la incertidumbre. Cifuentes pretendió hablar, pero las palabras fueron vanas. —No me expliques nada, Pedro. Prométeme únicamente que siempre me dirás la verdad.

—Lucía perdóname... más tarde lo sabrás... ahora ven, vamos a ver el rostro de quien nos ha devuelto la vida!

Se dirigieron a la sala. Cifuentes palideció. Sus ojos escrutadores miraron angustiados y no vieron la preciosa prenda.

—Lucía: ¿dónde está el cuadro de “La lucha”?

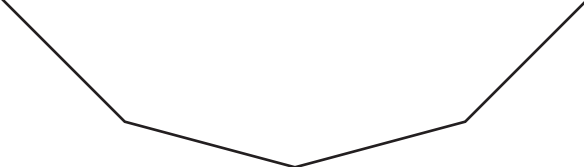
Se me había olvidado decírtelo antes. Como a ti no te gustaba mucho y necesitábamos algunas cosas más urgentes, se lo vendí a Mrs. Trundy, que me hizo una buena oferta. ¿No lo habías notado antes? Compraremos otros cuadros si lo deseas. —¿Lo vendiste? ... ah, bueno...bueno, no tiene importancia...Estaba fatigado. Los continuos golpes psíquicos dejaron en su cuerpo astenia profunda. Sin embargo, ya en el lecho no pudo escapar a serias y extrañas divagaciones: todo lo más querido había estado a punto de naufragar, más logró salvarlo y ¿cómo? Sostenido por una quimera, por una gran fuerza espiritual. Sobre algo ficticio inexistente, había puesto los nuevos cimientos de su felicidad. ¿Qué hubiera sucedido en aquel momento, de saber que no existía ya “La lucha”? ¡Pensamiento turbio! Sintió un ligero calofrío, cerró los ojos y buscó el sueño en espera del nuevo día.



Suite

Hay horas muertas en que el alma se estrecha y esconde en algún rincón desapercibido de nuestra carne. Parece como si sedienta de libertad se fugara temporalmente a buscar un sitio entre las sombras. Entonces la buscamos inútilmente. Angustia casi dolorosa se apodera del cuerpo y lo espolea, incansable, haciéndole dar pasos absurdos; y hay miradas inquietas que caen, huérfanas buscando en vano a su compañera.

En uno de esos estados inconfundibles me encontraba aquella tarde. Temprano había terminado mi trabajo y por costumbre, para no retirarme antes de las seis, quise ocuparme en algo. Pretendí arreglar un poco la biblioteca, pero pronto me convencí de que no estaba con ánimo de hacerlo y lo dejé para otra ocasión. Pensé que un rato de lectura me convendría y tomé un clásico, tal vez con el propósito de encontrar en sus líneas reposadas un sedante para mi espíritu. No había transcurrido quince minutos cuando cerré el libro, porque me pareció vacío, sin contenido humano. Luego creí que, por el contrario, necesitaba los vapores fuertes de una página realista, llena de fuerza emocional, que despertara mi psiquis aletargada; uno de



esos momentos culminantes de Balzac, ante los cuales la sangre más fría llena de temblor las arterias. Mis dedos ansiosos tomaron «El lirio en el Valle» y buscaron el punto en donde Enriqueta, mitad ángel, mitad mujer lucha por desprenderse de la tierra, dejando un poco de amor en el corazón de Félix.

¡En vano todo! Las líneas que en otros momentos me llenaban de estremecimientos, ahora escasamente rozaban mi epidermis.

Me ahogaba entre aquellas paredes anémicas y burguesas. Arrojé lejos a Balzac y con gesto desesperado salí a la calle. ¡Quería vida y aire! Anduve sin control, me confundí con la vorágine humana, deseoso de robarle por medio del contacto, un poco del calor vital que la saturaba. Mis retinas se empaparon de todos los colores y mis oídos aceptaron esa música de jazz, estridente y brutal, que revuelve en nosotros la bestia dormida y es capaz de desatar las más pequeñas pasiones.

¡Todo inútil! Nada quería vibrar en mí. Estaba completamente anestesiado. Lleno de cansancio físico y de frío interior empecé a caminar pausadamente, alejándome del corazón de la urbe hacia las calles den donde la vida sigue un ritmo más lento.

Vagaba sin preocupaciones cuando algunas notas escapadas de un retazo musical pasaron furtivamente y se perdieron. Seguí mi ruta, pero esta vez una melodía transparente me hizo detener. Era un nocturno de Cho-

pin. Entonces me di cuenta de que estaba cerca de una discoteca pública que anteriormente visitara. Como estaba fatigado y Chopin gusta a veces, entré, con el propósito de reposar un momento.

La penumbra del amplio salón contrastaba con el exceso de luz exterior. En los primeros segundos nada distinguí y sólo cuando mis pupilas se dilataron pude acercarme a un sillón desocupado. Poco a poco los contornos se aclararon y noté que había unas veinte personas diseminadas con irregularidad, leyendo unas y gozando las otras del tibio ambiente musical.

Espesas cortinas en las paredes mitigaban los ruidos extraños. Olvidándome de todo, en estado de deliciosa somnolencia permanecí varios minutos. Tuve la sensación voluptuosa de que mis nervios se había licuado.

Me trajeron a la realidad quizá unos pasos muy leves pero disonantes o alguna nota fuerte de la “Tocata y fuga en do mayor” de Sebastian Bach, que se levantaba del disco, solemnemente, como el incienso de una catedral antigua. Algo se había estremecido. En esos estados nuestra sensibilidad se agiganta y capta con sus tentáculos invisibles el más pequeño detalle. Levanté la cabeza y noté en efecto que el sillón de enfrente había sido ocupado por una muchacha. Entraría mientras yo estaba adormecido.

Tenía unos veinticinco años. El cabello brillante y largo, color de trigo joven, aparecía bajo una boina gris inclinada llena de coquetería del lado derecho de la cabeza. El rostro

era fino, de facciones alargadas, surcado de sueños y melancolía. Había en él gran fuerza expresiva como si sus músculos pudieran distenderse con los estímulos más leves; como si esperasen el más tenue desequilibrio en el ambiente para temblar. Sólo movía las manos y parecía que por ellas dejaba escapar el calor de las combustiones interiores.

Una mujer en la soledad es un enigma; deja la impresión de lo trunco, de lo que tiende a completarse; algo busca, algo pretende. Aquella luchaba por conservar la serenidad y hubo un momento en que lo consiguió plenamente, pues su cara fue como un espejo limpio en donde se reflejara el agua. Nada dijo a mis ojos curiosos. Era la carne milenaria despojada de pasiones y virtudes; era una de esas estatuas griegas que han mirado muchos años el mismo horizonte sin fatigarse. Así permaneció inmóvil, estática, como si su vida orgánica se hubiese detenido. ¡Bach!, —pensé yo— y retiré de ella mis ojos, temeroso de romper el secreto mudo de su rostro.

Minutos más tarde concluía la “Fuga” y la voz de la discotecaria anunció la Sonata en fa menor de Beethoven, ¡Apassionata!

El primer tema es un descenso emotivo que se hunde inmediatamente en la sensibilidad. Esperé conmoverme. Como en mí no se obraba ningún cambio miré alrededor y casi instintivamente busqué a la muchacha de la boina gris. ¿Qué había sucedido? De la estatua serena solo quedaba la materia. El viento perverso de la música había turbado las aguas de su lago interior. Sus manos se

estrechaban ahora, temblorosas, cual si temiesen perder el sosiego que antes las llenara; los labios se apretaban tratando de retener un gemido.

Poco a poco fue aumentando ese “Squerzo” emotivo y en un instante llegué a creer que se alejaría de la sala, huyendo de aquella atmósfera peligrosa. No fue así. Permaneció allí, con la mirada fija, envidiando la falsa paz que yo aparentaba. Extraña paradoja: ella buscaba la calma de sus pasiones y en cambio, cuánto hubiera dado yo por ser dueño de sus nervios finísimos.

Fue una etapa penosa e interesante. La complicada gama de gestos y movimientos discretísimos que son capaces de transparentar las conmociones internas, desfilaron por la geografía cruel y atormentada de su rostro.

De pronto, con movimiento brusco de cabeza dirigió sus ojos brillantes hacia un busto de Beethoven que yacía sobre la mesa próxima. Lo contempló durante unos segundos y en la penumbra me pareció ver que pequeños rayos de odio se desprendían de sus pupilas. Jamás había sospechado yo tanta violencia como la que sentí en esa mirada rencorosa. Nunca creí que la música pudiera encender hogueras tales con la madera humana. ¿Pero acaso no son mujer y música femeninos?

Intenté imaginarme ese fuego bajo el estímulo de otros sentimientos más poderosos; de los celos, del amor turbio o de la ambición, y sentí pavor; pavor del hombre que comprende todo lo que ella en embrión la especie, desde la

transparente abnegación hasta el crimen pequeño; pavor y felicidad conjuntamente pues comprobé que la melancolía y la desazón anidan solo en la conciencia que desconoce todos esos fermentos maravillosos que sirven para colorear el cuadro gris de las existencias tristes.

Todo despertó súbitamente en mí. Tuve deseos ardientes de observar el proceso humano que allí muy cerca se desarrollaba. Curiosidad casi morbosa concentró mis energías.

Terminó la sonata y se oyó un suspiro de alivio. La miré de nuevo. Aún estaba medio agitada y se movía espasmódicamente cual si despertase de una pesadilla. Lentamente recobró el sosiego inicial y una sonrisa de convaleciente se insinuó en sus labios ya no temblorosos. Los músculos que habían estado en tensión se relajaron y la melodía de su cara volvió a ser fresca y pura. Yo también tuve una sensación de alivio y mis ojos descansaron en ella largamente. Luego los retiré.

Cuando la aguja de acero empezó a deshilar la ¡Sinfonía Italiana! De Mendelsohn, llena de fuerza y de sol, la sangre afluyó a las mejillas de la desconocida y una impaciencia, pero esta vez de alegría, imprimió movimientos nerviosos a sus manos. Las llevó a los cabellos, cambió la posición de la boina y finalmente abrió un libro que no ojeó.

Bajo el «sweter» verde se presentía el furor dionisiaco del corazón, que el pecho no alcanzaba a contener, y había en sus labios una invitación a beber de los vinos prohibidos. Entonces paseó triunfante su mirada por el salón, demostrándonos que también ella podía ser feliz.

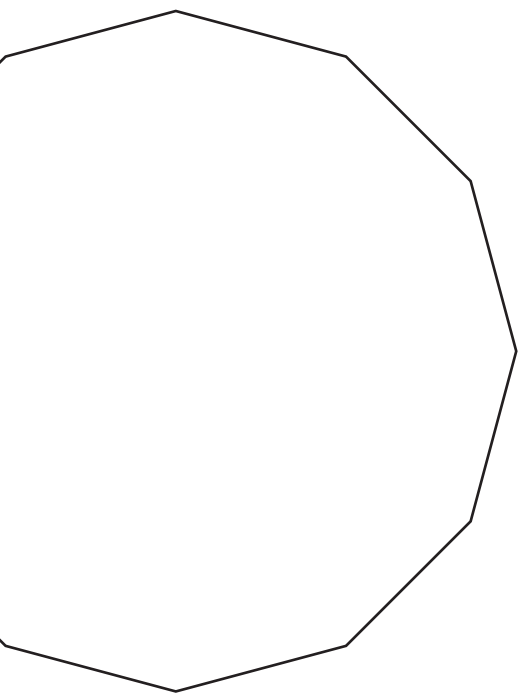
En aquellos minutos sola la danza, una danza primitiva y violenta, llena de contorsiones y movimientos absurdos, hubiera consumido el combustible que sus músculos guardaban. ¡Estupendo motivo de escultura! Haber plasmado una alegoría de la bacanal en forma de mujer, con las facciones de la desconocida en aquel instante.

Creció la vorágine. Hubo un segundo supremo, en que sus mejillas parecieron resquebrajarse bajo los golpes de la sangre y sus ojos brillaron demoníacamente. La parábola llegó a su cima. Después empezó el descenso palatino y un poco antes de concluir la sinfonía, los sentimientos habíanse situado en el punto de partida. La curva febril descendió al grado inicial.

En el último acorde solo vi a una muchacha de veinticinco años y pasiones dormidas, que nos miraba despreocupadamente y que tal vez se aburría. Me pareció que sonreía, recordando los momentos anteriores como se recuerda la primera sombra de un pecado carnal. Después abrió el libro.

No se había deslizado medio disco de Debussy cuando hizo un gesto frío, de indiferencia. Miró su reloj de pulsera y con pasos cautelosos abandonó la sala. Seguirla fue mi primer deseo, ¡pero me contuve! Más vale —pensé— conservar el recuerdo atormentadamente humano de esta mujer bajo la música. Quizá, si llego a su intimidad, encuentro a una muchacha burguesa, interesada por asuntos banales, y que acaso no comprenda la hermosa tragedia que durante una hora me hizo vivir.

No la he vuelto a ver, pero a veces, cuando escucho música y cierro los párpados, surge ante mí la imagen turbulenta y serena de una muchacha, con una boina gris inclinada llena de coquetería del lado derecho de la cabeza.



El mal ladrón

Ya las campanas diluían sus más alegres acordes en la noche, cuando el ladrón saltó furtivamente la pequeña verja de hierro y se refugió en las sombras. Sus cálculos eran exactos. Pasados algunos minutos de peligrosa espera, oyó rechinar sobre su gozne la puerta principal y un grupo desprevenido apareció en el marco iluminado. Todas las luces de la casa se apagaron y entre las voces que rozaron su piel, hubo una que dijo claramente:

Debemos apurarnos o llegaremos muy tarde a la misa.

El eco de las pisadas se desvaneció sobre el pavimento. Rápido, como una de aquellas luces artificiales que ponían una herida en el cielo, ganó una ventana entreabierta y por la contracción de sus músculos se halló adentro.

Aquella idea, que juzgaba genial, habíasele ocurrido cuando menos la esperaba. Y había llegado a tiempo pues últimamente las cosas marchaban muy mal. La gente se volvía demasiado lista, o él iba perdiendo su astucia primigenia. Lo cierto es que habían fracasado tres veces sus planes meticulosamente preparados, y sólo por un regalo del destino continuaba viviendo. Mas he ahí que súbitamente, como por inspiración, concebía su mente algo extraordinario.

Después del ligero almuerzo que las circunstancias le permitieron tomar, salió a buscar un campo de acción propicio, pero tan pronto se acercaba a un grupo descuidado, las miradas se volvían suspicaces y todos parecían ponerse a la defensiva. No había duda; su estampa lo delataba. Era ya muy conocido, pues los niños que miraban las grandes vitrinas de Navidad, cuando él pasaba lo señalaban maliciosamente, y se retiraban con los ojazos distendidos por el miedo.

Necesitaba mejorar su aspecto, pero ¿cómo? No tenía dinero para cambiar el traje roído.

Distraído contemplaba él también una de aquellas exhibiciones de juguetes, que hacían temblar los corazones de los pequeñuelos. Fue entonces cuando, observando al viejo de la barba larga y vestido encarnado, a quien llamaban «Papá Noel», juzgó que, disfrazándose de aquella manera, podía intentar osadas empresas.

En pocos minutos su cerebro vislumbró todos los detalles de la hazaña. Él podría también discurrir libremente por las calles, como vendedor de juguetes, y ocultar su rostro bajo las luengas barbas de algodón. Durante la noche, cuando todo el mundo abandonase sus hogares para asistir a la misa de gallo, aprovechando la confusión y el bullicio, haría fácilmente una buena recogida. Con estos pensamientos sonrió satisfecho.

Como las tinieblas llegaban con pasos vertiginosos, empezó a prepararse inmediatamente. Ante todo, debía comprarse un traje parecido al del viejo Noel. Después de

mucho insistir, logró sacar por tres pesos uno bastante descolorido y de tela indecente, pero que en la oscuridad bien podía pasar. Enseguida se dio a buscar algunos juguetes para completar el atuendo. Las escasas monedas que aún le tintineaban en su bolsillo, no le permitieron comprar sino tres o cuatro baratijas, dos muñecos de trapo y un automóvil de madera en miniatura.

Mientras llegaba el momento elegido empezó a recorrer los barrios residenciales, en busca de un sitio que conviniese a sus proyectos. A medida que iba ofreciendo sus pobres regalos, observaba detenidamente todos los rincones. Sus ojos, acostumbrados a medir el terreno y la síntesis rapidísima, se movieron nerviosamente.

Por fin, la mirada se detuvo en una lujosa quinta que prometía encerrar objetos codiciables, y cuyo jardín exterior tenía varios árboles de sombra extendida, que sería buenos cómplices en caso de necesidad. Estudiado el más mínimo detalle, se alejó para no hacer sospechosa su presencia.

Allí estaba nuevamente.

Tratando de sosegar y guiado por la mano luminosa de su pequeña linterna, empezó a ascender por la escalinata que desembocaba en el segundo piso. Fueron segundos de zozobra. El corazón, como un juez severo, le martilleaba la conciencia: «No sigas... no sigas... devuélvete!»

Estrangulando el miedo se deslizó por un estrecho espacio que dejaba escapar un levísimo velo de luz amarilla. Encontróse en una alcoba muy amplia. En el fondo

había dos camas pequeñas. Se acercó a ellas lentamente y halló lo que presentía: sobre cada una de las almohadas reposaba serenamente un rostro infantil que parecía sonreírle. La ronca voz interior gritó entonces con más fuerza: «¡Respetar la niñez... no enturbies con tu aliento inmundo la atmósfera pura!»

Estuvo a punto de devolverse, pero... ¿y su honor de ladrón? ...¿y los gastos de los preparativos?... cómo se desayunaría al día siguiente, si todo lo había jugado en esa carta?

Para librarse de los remordimientos, apartó de los niños la mirada y se dispuso a desenvolver inmediatamente su plan. De un lujoso armario sus dedos golosos aprisionaron los primeros objetos y sacaron de la bolsa las despreciables baratijas. Iba a colocar los muñecos de trapo donde no lo estorbasen, pero un ruido seco y brutal lo hizo estremecer. ¡El automóvil de madera rodaba triunfante por el suelo! ¡Incidente horrible! Uno de los niños empezó a revolverse bajo las sábanas y pronto oyó su voz musical:

—¿Mamá, eres tú?

Aquello era insoportable. Antes de que los ojos se acostumbrasen a la penumbra, decidió lo más acertado: esconderse. Dio tres pasos y un sonido estridente y destemplado le hizo cosquillas en el tímpano. Sus pies habían estrujado la pera de caucho de una corneta. ¡Estaba perdido! Permaneció inmóvil.

—No se esconda... yo sé quién es usted... no sea bobo, Papá Noel... ¿cree que no lo conozco?

Descansó. El vestido lo había salvado esta vez. La sangre fría volvió a circular. Era indispensable poner en juego toda su astucia.

Qué niño tan inteligente... lo ha adivinado... peor no hable tan alto, que va a despertar a su mamá... y la pobre está tan fatigada.

—Eso no importa. Ella quería verlo para encargarle unos juguetes que le pedí... ¡voy a llamarla!

—¡No, no! ¡Ahora no tengo tiempo!... será en otra ocasión. Debo repartir muchos regalos y es muy tarde.

—Entonces voy a despertar a mi hermanita Luisa... ¡Luisa!... ¡despiértese! ...mire a Papá Noel... igual al que vimos en las vitrinas... nos trae juguetes!

La cosa empeoraba. Ahora eran dos niños de fantasía revuelta. De un salto se colocaron a sus pies. Había felicidad febril en sus ojillos asombrados.

—¡Yo quiero todos los muñecos! —dijo Luisa con un mimo, tomándolos—.

—Para mí el carro y la trompeta —gritó el otro— ¡Pero qué feos son! Le había encargado unos mejores... nos ha dejado de los últimos... ¡tanto como le rezamos!

—Después les traeré otros. Tomen estos ahora y déjenme ir a buscar los demás. ¡No griten tanto!...

Luisa tuvo entonces un rasgo de precocidad infantil:

—Papá Noel: como mi mamá no va a creer que lo vimos, déjenos el vestido para mostrárselo... en el cielo consigue otro.

¡Sí!... sí! —insistió el hermanito— nos lo tiene que dejar!
¡Sino vamos a llamar a todos para que lo vean!... también a
las sirvientas, corre!

No había otra solución. Era inútil revelarse, pues ellos
no admitían réplicas. Para callar sus voces empezó a qui-
tarse el viejo ropón.

—¡El sombrero también! —dijo festivamente Luisa—.

—¿También el sombrero? Ya se oía un rumor cercano
que podía ser el de sus padres.

—Bueno, tómenlo... ¡Adiós!... no se olviden de contar
que han visto al Papá Noel... pero al más noble y bonda-
doso de todos!

Salió con el frío en la epidermis y un enjambre de
pensamientos en la cabeza. Aquella sería su postrer aven-
tura. Era demasiado bueno para brillar en esa profesión.
Dos voces infantiles, (y el miedo, ¡claro!) habían bastado
para conmover su corazón que creía fuerte. Cuatro fracas-
sos continuos eran suficientes para probar su inaptitud.
Lástima, pues era una vida llena de incidentes y que cada
hora ofrecía nuevo colorido. ¡Pero qué hacer, si no tenía
vocación para ella! Muy a pesar debía convertirse en un
hombre honrado. ¡Qué aburrimiento!

Al pasar por frente a una vitrina, le pareció ver que el
viejo de barbas largar sonría socarronamente.

Carta de medianoche

*«Lo que se hace por
amor, se hace siempre más
allá del bien y del mal».*

F. Nietzsche.

Sofía subió la escalera y cruzó, como una loca, el corredor que la separaba de aquella sala trágica. Sus cabellos caían desordenados, y las manos que portaban el arma homicida, temblaban. ¡Había matado! ¡Había matado! Por fin llegó a la puerta de su alcoba y entró. Maquinalmente buscó el botón de la luz, lo movió y entonces, al ver en el espejo su rostro desencajado, comprendió lo que había hecho. Pero instintivamente sus ojos se posaron sobre la cara del hijo que dormía. La miraba desde el sueño con ternura y parecía comprenderla. Sintió menos miedo, pues él la justificaba, y sin reflexionar más sobre el hecho consumado, sentóse y con mano calmada escribió:

«Querido hermano: Cuando esta carta llegue a tus manos, ya estaré en la cárcel, pero con la conciencia tranquila. No te asustes demasiado por lo que te voy a decir. En este momento estoy serena, como lo puedes comprobar por la firmeza y claridad de mi letra. Te escribo porque necesito justificarme ante ti, el único ser fuerte que me pertenece ahora. También

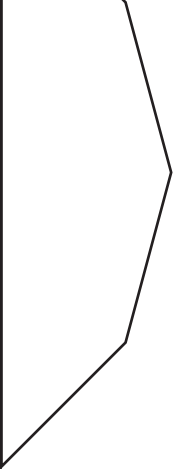
tengo a mi pequeño hijo, pero él todavía no comprende esto, y aunque lo pudiese hacer no es justo que lo conozca, tan temprano, la maldad del hombre. Algún día lo sabrá y me ha de perdonar, ya que todo lo hice por él. Ha sido mi tragedia más grande, porque solo yo la he conocido. Ni tú mismo, a quien muchas veces tuve deseos de contártelo todo, sospecharás lo que ha sucedido en mi vida durante estos últimos años.

Hace cinco minutos he matado. Aquí en mi casa, a pocos metros de mí yace el cuerpo aún tibio. Mas si supiera que iba a levantarse, mis dedos dispararían de nuevo sobre él, ¡pues no existe remordimiento que me lo impida! ¡Lo haría... lo haría otra vez!

Hace un año, cuando estuviste aquí con nosotros, algo grave estaba sucediendo, mas siempre esperé que aquella situación se arreglaría. Por eso, aunque una vez dijiste que me encontrabas un poco cambiada, algo pálida, te mentí, te contesté que me sentía fatigada, debido al largo paseo que habíamos hecho. En realidad, dentro de mí temblaba algo caótico... ese caos que hoy ha sacudido mis entrañas. Pero debo contártelo y te lo contaré.

¿Te acuerdas del momento en que volví del colegio, situado en un estribo de la cordillera donde había estado estudiando? Tú saliste a recibirme y desde ese día el hogar pareció nuevamente lleno, aunque sólo vivíamos nosotros dos y nuestro abuelo. Nuestros padres se habían ido, sin sospechar cuánta falta nos hacían; como no estábamos aún preparados para el difícil arte de la vida.

Teníamos juventud y dinero. Todas las puertas estaban abiertas ante nuestros pies ágiles dispuestos a estrujar los mejores frutos. Ya empezaba a crecer la hoguera de la felicidad cuando vino un golpe terrible: aquella tarde en que murió el abuelo. “Por qué — me dijiste trémulo— se empeña el destino en quitarnos lo que hemos amado? ¿Por qué no se lleva todas las riquezas y nos deja esta columna de nuestra alegría?»



Desde aquel momento, aunque nada nos dijésemos, un pensamiento idéntico cruzaba incansable por nuestros cerebros. Yo lo adivinaba en tu rostro, cuando al verme acompañada por un amigo, sonreías. Sí; tú quería decírmelo pero no te atrevías. El matrimonio era lo único que podía llenar nuestra soledad. Ya no éramos pequeños para continuar en juego infantiles, y mutuamente nos estorbábamos como dos vallas en nuestros caminos. Tú debías buscar una mujer que hiciera un papel menos romántico que el mío, y yo necesitaba de un hombre que te reemplazara. La familia se extinguía y no íbamos a ser dos egoístas, empeñados en botar nuestra herencia.

Y fui al amor con gesto fingido, antinatural, olvidando las profundas raíces humanas de donde debe emerger. Le busqué como si se tratara de un alimento imprescindible o de un vestido necesario. ¡Compré un hombre con mi dinero! ¡Eso fue lo que hice! No obstante, creo que en esa época fui feliz, y tú lo sabías cuando me dejaste libre el camino.

Sin embargo, algo sucedió unos días antes de nuestra boda, que pudo abrirme los ojos, pero una venda deliciosa lo impedía. Cuando reflexiono ahora sobre este punto, comprendo cuan ciega era. Con razón he sido llevada a tantos extremos. Sólo unos pocos minutos que me hubiese detenido a examinar aquellos detalles nítidos y me habría evitado este final. ¡Ya es demasiado tarde!

Habíamos ido a cenar a un lujoso cabaret. Tú no estabas con nosotros, pero me acompañaban nuestros mejores

amigos. Acabábamos de comer y nos disponíamos a bailar, cuando vi en Carlos un gesto desagradable. Volví los ojos al punto en donde tenía fija la mirada, y comprobé que la causa de su turbación era una mujer que acababa de aparecer en el vestíbulo. Ella lo miró con fijeza y él, sin acertar a decirme nada, fue a su encuentro. Cruzó breves palabras con la desconocida, y tomándola del brazo se acercó a nosotros.

—Tengo el gusto de presentarles a mi prima Fanny.
—Dijo—

Cuando llegó donde mí, lo hizo de manera particular.

—Fanny: aquí tienes a mi prometida. Debéis ser muy buenas amigas.

Su presencia y sus gestos hirieron mis nervios. ¿Por qué no me había dicho antes nada acerca de ella? Era morena, de cuerpo peligroso. Más que atraer, subyugaba. Sobre todo, me inquietaba su mirada. Tenía ojos negros, cáusticos, que herían la conciencia de su interlocutor. Ejercía completo dominio sobre Carlos; de eso me di cuenta inmediatamente. Bastaba la menor insinuación suya, y estaba él tratando de adivinar su deseo.

Empezamos a bailar y olvidé la primera sensación desagradable. Fanny conquistaba rápidamente la atención de nuestros amigos. Conversaban deliciosamente y muy pronto fue el eje obligado de la reunión. De ello me alegré, porque así Carlos escapaba a su influencia. Mas cuando parecía des-

ligado a ella, un movimiento suyo lo atraía de nuevo.

Esto que te escribo lo he comprendido mucho más tarde. Aquella noche todo me parecía tan espontáneo que (es demasiado pueril, ¿verdad?) llegué a creer que Fanny era, realmente, prima de Carlos.

Vino el segundo hecho: bailaba yo con uno de los amigos que nos acompañaban y mientras tanto Carlos y Fanny charlaban en una mesa retirada, mas lo hacía de manera tan espontánea, que no parecían tratar nada substancial. De pronto recordé que había dejado mi bolso en un lugar inseguro. Fue tanta mi impaciencia, que sin esperar a que terminase la pieza de música, me dirigí a buscarlo. Cuando pasaba cerca a la mesa en donde conversaban, instintivamente agudicé el oído y escuché de labios de ella una frase que me hizo estremecer: ... y tiene mucho dinero...

Aquel retazo de palabras podía tener varios significados. Quise detenerme a escuchar y no tuve valor. Me dije que era una actitud incorrecta y lo eché al olvido, como hic más tarde con muchos incidentes que unidos pudieron darme la clave de lo que me sucedía.

Nada peor que nuestros propios engaños. Yo hubiese apurado en aquellos días el sorbo insignificante de la realidad, quizá sufriera un poco, pero no empañara con una gran mancha el resto de mi vida.

Después de aquella noche Fanny desapareció durante mucho tiempo. El espectro se había fugado. Todo lo que sabía era su nombre, el embrujo de su presencia y que

como un fantasma había cruzado durante una hora mi destino. Carlos se guardó muy bien de hacer la menor aclaración respecto a ella. No obstante, cuando él estaba ausente mis amigos hacían alusiones irónicas a «la prima». Yo me ruborizaba y como si se tratara de algo ajeno, buscaba otro tema de conversación. Se había ido y eso me bastaba.

Llegó el día de nuestra boda. El porvenir era una bella incógnita que me llenaba de felicidad. Cuántas sugerencias hermosas pusieron en mi alma los acordes triunfales de “Lohengrin”, el “Traumerei” de Schumann, de una deliciosa tristeza y finalmente las trompetas delirantes de Mendelssohn. Había, sin embargo, bajo todo aquello un negro fatalismo que se ocultaba a nuestros ojos. Era como el prelude dulce de una «suite» trágica.

Después de una fiesta cordial, partimos. Íbamos en busca del mar; del mar amplio y azul como nuestras esperanzas; de ese eterno confidente del amor. Las aguas tibias acariciaron nuestras carnes, sembrando en ellas deseos misteriosos. La brisa impertinente nos dijo al oído los mutios mensajes enamorados. Las palmeras a veces inclinaban tanto sus penachos, que parecían barrer las arenillas por donde caminábamos triunfantes.

Por las tardes, sentados en una roca mirábamos con ojos ávidos la unión del sol y de las aguas. Era hermosa

y a nosotros nos pareció siempre un símbolo. ¡Cómo se estrechaban nuestros cuerpos que pronto iban a separar manos extrañas! Las noches llenas de murmullos eran fondo propicio para la entrega. ¡Cuán egoístas fuimos en el placer! ¿Presentía yo que mi felicidad debía ser pasajera? ¿Me agarraba desesperada a la dicha momentánea temerosa de que se alejara siempre?

Volvimos y tú que adivinabas mi alegría fuiste también feliz.

Al separarnos rompimos el último retazo del que fue mi hogar único. Posteriormente sólo hubo una comedia que en un principio desconocía, pero que poco a poco me fue mostrando sus perfiles trágicos y grotescos, yo sabía que el fervor conyugal se diluye paulatinamente, ahogado por las pequeñas miserias cotidianas; que a las noches íntimas seguían los días cargados de problemas mezquinos, capaces de helar todo el fuego de dos juventudes si este no se renueva cada momento por medio de la imaginación y el optimismo. ¡Pero en nuestro caso el viento frío llegó con tanta violencia y en forma aniquiladora que no esperaba! Era como una gran cuchilla que iba cortando cruelmente las raíces aún endebles de la convivencia espiritual y material.

Tú venías a verme cada mes y encontrabas la risa en mis labios. ¡Era una risa hipócrita, forzada, y sabes cuán poca distancia hay de ella al rictus doloroso! ¿Cómo podía quejarme de algo cuya causa no sospechaba? A veces creí que mi sensibilidad enferma exageraba un fenómeno com-

pletamente normal. Quise convencerme de que aquella era la atmósfera natural y que solo la llegada del hijo traería un poco de calor ausente.

No fue así. ¿Qué culpa tenía el pequeño? ¿Por qué acumulaba desde los primeros días de su vida una indiferencia y un rencor mudo que no merecía? Hoy lo comprendo, pero en aquellas horas me estrujaba el cerebro buscando inútilmente una causa aceptable.

Todo el afecto que su padre le negaba lo recibió de mi y en ocasiones me pareció ver que este exceso de mi parte, borraba algún remordimiento en el rostro hermético y cansado de Carlos. ¿Cómo explicar esta situación? Cuando creía vanos mis esfuerzos, surgió una idea que me pareció lógica: ¡estaba enfermo! Sufría una enfermedad peligrosa y temía contagiarnos. ¿Pero por qué me lo ocultaba?

Cuando estaba cerca de él lo miraba detenidamente, observaba el ritmo de su respiración, los ojos, el color de su piel, y me parecieron normales. Mas podía tratarse de una entidad cuyos síntomas no fuesen muy marcados o inaparentes y ahí estaba el punto difícil: si no me lo confesaba espontáneamente, cómo me atrevería yo a insinuarle que fuese a visitar un médico. ¿Y si lo había hecho y me ocultaba la gravedad?

¡Comprenderás cuánto sufrí en aquellos meses! Nuestro problema era tan íntimo que a nadie dejé sospecharlo y no obstante necesitaba una voz amiga; de alguien que me sustentase. ¡Una sola palabra me haría hecho tanto bien!

Yo me esforzaba en no desfallecer, no por mí sino por nuestro hijo. Gracias a él conservé la serenidad. Para olvidar aquellos pensamientos fatídicos que me atormentaban constantemente procuré llenar con su imagen los momentos. Me salvó el pequeño, que fue centro de mis trabajos y afanes. ¿Qué habría sido de mí sin aquella válvula de escape, sin aquel otro yo en el que mis sufrimientos iban a convertirse en alegrías? Un perfecto equilibrio emocional se había establecido entre los dos.

¿Y cuál era la actitud de Carlos? Sentíase culpable en medio de su indiferencia hermética. Sí, ¡lo leía en su indecisión! No actuaba con la seguridad de antes. A veces parecía que algo me iba a decir, que trataba de hacer un esfuerzo supremo y hablar, pero se contenía. Terribles secretos le quemaban el pecho. Situación amarga cuando nos encontrábamos solos: uno de los dos debía de decir la primera palabra y no teníamos fuerzas. Para evitar esos trances difíciles no me apartaba de mi hijo un solo instante pues era la muralla que nos aislaba.

Una tarde había salido a comprar algunas cosas indispensables. De regreso estaba mirando en una vitrina cualquier objeto, cuando instintivamente levanté los ojos y vi en los cristales una silueta que me dejó petrificada. Hice un esfuerzo supremo, volví la cabeza y comprobé la realidad de lo que yo creía una pesadilla. Era ella, Fanny, que

acababa de pasar. Maquinalmente relacioné mi situación anómala con aquella mujer. Intenté seguirla mas no tuve fuerzas y me vi obligada a detenerme unos minutos, pues no sé qué sensación horrible me constreñía.

Desde ese instante la imagen de Fanny me persiguió por todas partes, me parecía verla en mi casa, en mi lecho, acariciando a mi hijo, disponiendo a su antojo de Carlos. En sueños también la vi, poniendo fuego a todo lo que me pertenecía.

Una noche era tanta mi impaciencia por saber algo más de ella, por conocer nuestra situación exacta ante esa mujer, que mientras cenábamos pregunté con serenidad:

—Carlos: ¿qué se hizo tu prima Fanny? No la he vuelto a ver.

Contuvo un momento el gesto y cambió ligeramente de actitud, pero reaccionó en segundos y me contestó:

—Ella vive lejos de aquí... parece que viene pronto.

Hube de violentarme para seguir comiendo. ¡Ahora lo comprendía todo! ¡Era tan claro! Me había mentido y tú no sabes lo que significa una mentira en esas circunstancias: corta de un solo tajo los lazos que se han establecido entre dos conciencias. Desde ese momento se convierte todo en celos, situaciones ambiguas y desequilibrio. La verdad más limpia nos parece sospechosa; no hay estabilidad ni armonía.

¡Mas allí había doble insidia! Primero me había mentido y luego, para reservarse todas las salidas me daba a entender que podía regresar cualquier día, de modo que

si yo la encontraba ya él me lo había insinuado.

Era un verdadero actor. ¡No me quedaba una sola duda benéfica! ¿Comprendes lo que significa vivir bajo el mismo techo con un ser que nos engaña, en quien no tenemos confianza, sin saber adónde conducen sus pasos? De lo único que estaba segura era de que los cambios operados en mi hogar se relacionaban con la existencia fatídica de aquella mujer.

Tuve miedo. Entonces te mandé llamar con pretexto del cumpleaños de mi hijo. Pensé que tu presencia sería un sedante para mis nervios agitados y que pondrías freno varonil en caso de necesidad; pero la situación era tan sorda que nada notaste.

¡Aquella mañana que salimos a pasear cuánta bondad hallé en todas las cosas! El campo, las flores, el paisaje inmenso que contrastaba con las cuatro paredes hostiles en donde había estado recluida, dieron alas nuevas a mi espíritu. Me sentí la mujer joven que era. ¿No te fijaste con cuánta fruición me acerqué a la tierra fecunda, al pasto húmedo? Poco a poco me había marchitado bajo el aliento triste de las preocupaciones; sin embargo, en esas horas pude comprobar que algo quedaba vivo en mí. Recordamos las horas felices e hicimos bellos planes para el futuro.

Regresábamos. El pasado parecía no existir en mi conciencia, creía nacer nuevamente y cruzó el espectro negro mi camino. Tú charlabas con Carlos. Distinguí, quizá asechándonos, su cuerpo esbelto, su mirada que zahería.

No permitió el destino que terminara ese día como había nacido. En el último instante opacaba la tarde luminosa. Y volvió la muda pesadilla.

Al llegar a la casa yo había cambiado. De mi risa quedaba una contracción fría. Estaba muy pálida y cuando me preguntaste la causa te mentí, te dije que estaba cansada. Sí, sí, estaba fatigada. Ante la perspectiva de los días próximos me sentía desfallecer. ¡Tras el breve intermedio empezaba de nuevo la tragedia!

Te alejaste. Cuán sola me quedaba. ¡Ahora me remuerdo mi silencio contigo!

A pesar de que sospechaba lo que sucedía, hubo una larga lucha antes de que me atreviese a dar los pasos decisivos para aclararlo todo, porque le tenía miedo a la verdad. Esperaba un milagro. No quería destruir ante los demás la aparente felicidad de mi hogar. Y siguió ese ambiguo estado de cosas en el que cada cual representaba su papel como mejor podía.

Me repugnaba tanto espiar, que me contuve muchas veces antes de hacerlo. ¡Era insoportable! ¡Seguirle los pasos a un hombre que había destruido lo mejor de mi vida!; correr tras él, mendigándole un poco de amor. ¡Cuán pequeña me sentía!

Por fin, una noche me dijo que se iba a para el club. Sabía que yo nada le replicaba. Era cuestión de formulismo ya que ni siquiera le insinuaba que me llevase. Casi éramos dos extraños.

Apenas hubo salido me puse el abrigo y oculté bajo una pañoleta la mayor parte de mi rostro para que nadie me

reconociera. Afortunadamente algunos espesos vellones de nubes ocultaban la luna y la oscuridad era denso. ¿Qué habrían pensado mis amigos si me hubiesen visto en aquel trance? Ah, yo adivino los pensamientos turbios de los hombres que pasaron junto a mí: ¿Comprendes Antonio cuánto sufrí? ¿Merecía ese castigo?

Algunos metros caminados en dirección contraria me bastaron para comprender que no era el club nuestra meta. A medida que avanzábamos latía el corazón con más violencia, tanto que en un momento llegué a creer que me sería imposible continuar.

Pronto se detuvo frente a la puerta de una casa situada en barrio residencial vecino al que yo vivía. Esperé a que entrase y me acerqué. De uno de los cuartos del piso bajo se fugaba una hoja de luz. No pude resistir más la duda que me roía; bastaba un leve movimiento y lo hice. No fue necesaria una larga espera, y así como aquella mujer era una sombra en mi vida, quiso el destino mostrármela de esa manera. Vi la silueta, la proyección negra de su ser, el reflejo exacto de su alma. Pronto fueron dos cuerpos y una sola sombra.

¿Qué más podía esperar ya? Me lo había quitado. Volví a la casa con un vacío indescriptible en el pecho, y pronto fue llenado por un sentimiento más cruel. Que nunca bebas el cáliz fuerte de los celos. ¡Que no sepas de sus tormentos infinitos, de sus miradas cortantes! Saber que lo que creíamos absolutamente nuestro, nutrido por exactas ambiciones y respirando el mismo aire, ¿pertenece a otro? Estos pensa-

mientos desfilaban por mi alcoba en algarabía fúnebre, me hacía muecas y se retiraban para dar paso a sugerencias aún más terribles. Yo me revolcaba en el lecho y con las manos trataba de arrancarlos de mi cerebro. Cerraba los ojos, pero era inútil. Me perseguían más allá de lo tangible, como si estuviesen incorporados a mí, como si hubiesen pasado a formar un muñón repugnante en mi cuerpo.

Pronto tuve un sobresalto mayor. Sospeché que aquel hombre podía volver de un momento a otro y buscar el mismo abrigo de mi hijo; que sus manos lo tocarían y sería capaz de acercarse a mí, a quien la idea sola me llenaba de estremecimiento; ¡posiblemente sonreiría y podría llegar hasta el cinismo de pretender besarme!

Tomé al hijo de la cuna y lo llevé a mi cama. Cerré la puerta de la alcoba, y como no me sintiese bastante segura, puse junto a ella una pesada poltrona, reforzándola. Luego, con el pequeño atado a mi pecho, apretándolo amorosamente, pasé el resto de horas interminables que componían aquella noche lúgubre. Los primeros rayos de luz matinal vieron en mis ojos el estigma de muchas lágrimas.

Súbitamente desperté a la realidad. Mi paciencia estaba fatigada. Aquella mañana me levanté muy temprano y salí. El día lo perdí, visitando amigas y caminando sin rumbo, impulsada por pensamientos caóticos, muchos de los cuales tenían la figura negra del crimen.

Regresé tarde a la casa. Carlos leía en la sala despreocupadamente un periódico. No lo determiné. Me movía

como si él no existiera. Al principio creyó que se trataba de una broma, pero como al dirigirme la palabra no se contestase, pretendió poner en juego su histrionismo:

—¡Por qué no me contestas, Sofia!

—¡¡Porque no lo mereces!!

—¿Te atreves a hablarme así?... olvidas que soy tu marido!

—Lo eras... lo eras... ¡desde anoche has dejado de serlo!

—No te entiendo... ¿qué quieres decir?

—Eso, mejor que yo, te lo explicará ella... tu prima...
¡Fanny!

Era un cobarde. No dijo una palabra más ni reaccionó. Fue la primera victoria que obtuve sobre aquel hombre débil. Si en esa forma se rendía ante una mujer tímida y sobre la cual tenía completo dominio, ¿entonces cómo era cuando se enfrentaba a esa fiera? Era un juguete que había dejado caer en manos más hábiles que las mías; era la frágil arcilla humana modelada a su antojo por los dedos diestros de aquella escultora sin corazón. Me propuse sin embargo destruir su obra y cincelar con mi amor un nuevo ser. Quise volverlo a mí, ganarlo con lucha.

Continuó nuestra vida como si nada hubiera sucedido. Empecé la tarea que me había propuesto con optimismo y abnegación juveniles. Procuré olvidar los episodios anteriores y puse la mirada en el porvenir. Creía en la resurrección. Esperaba la radiante aurora y muchas veces me pareció que también él tenía fe.

Pronto me convencí de que aquella tierra no daría frutos antes de exterminar la semilla corrompida. Mientras Fanny estuviera cerca de nuestra ruta, mientras sus ojos negros y su sonrisa maligna persiguiesen a Carlos era inútil todo trabajo.

Hay seres que son como abismos. Nos arrastran irremediamente. Ante ellos no valen el raciocinio frío ni la voluntad. Son astros que nos convierten, sin que lo podamos evitar, en satélites.

Él mismo me lo confesó una noche; suplicábame que lo librara de su cárcel y me propuso que nos alejásemos de aquí, que buscásemos la salvación por la distancia. Era una droga heroica. Hicimos un plan como dos muchachos que pretenden fugarse del colegio. Temblaba. ¡Era tanto el miedo que le infundía!

—Estás temblando —Le dije—

—Sí... sí... no puedo evitarlo... ayúdame... ¡si llega a saberlo!...

—¿Pero es que has perdido el dominio de ti mismo?

—Fanny es terrible... es una mujer infernal. ¡Odia o ama con pasión satánica!... tú no puedes comprenderlo porque eres buena. Cuando nos casamos le di parte de mi dinero para que se fuera y nos dejara libres. ¡Volvió pronto, insaciable, y nos ha estado exprimiendo constantemente!

—Nos iremos lejos, a donde no pueda seguirnos. Primero te vas tú y yo me quedo con el niño para evitar sospechas. Después nos reuniremos. ¿Te parece bien?

—¡Sí! ¿Adónde iríamos?

—A Europa. Mañana mismo escribiré a mi hermano.

En pocos días preparamos el viaje. Nadie supo nuestro propósito. Era un absurdo tener que abandonar nuestra tierra por un ser extraño y cruel que se pegó como un tentáculo al hogar que nos pertenecía para succionarle la savia. Mas nada importaba tratándose de la felicidad de nuestro hijo. Era necesario hacer aquel sacrificio supremo. Costaba gran parte de mi fortuna, pero de todas maneras si no la gastábamos nosotros ella nos la quitaría.

La tarde anterior al viaje estuvo visitándola y le dijo que se veía obligado a dejar la ciudad temporalmente, por cuestión de negocios.

Partió temprano. Lloraba como un niño, me recomendaba que tuviese mucho cuidado y que lo siguiese cuanto antes: que procurase dejarme ver de ella para engañarla mejor. ¿No te parece ridículo esto? ¿Es posible claudicar así en plena juventud?

Pasaron cinco días durante los cuales cumplí fielmente sus consejos. La vi varias veces, acabé de arreglar algunos asuntos personales y esperé impaciente las pocas horas que faltaban para alejarnos de estas calles execrables; de estas paredes que conocieron mis grandes sufrimientos.

Serían más o menos las diez de la noche. Estaba recogiendo unas revistas en la sala cuando sonaron tres golpes en la puerta. ¿Quién podía ser a esas horas? Esperaba una carta de Carlos. Me acerqué y al abrir sentí que un cuchillo helado me atravesaba el cuerpo. Era ella.

—Buenas noches. ¿No se acuerda de mí? Carlos nos presentó un día...

—Ah sí... me parece que sí... ¿qué desea?

—Siga, no hay muchas comodidades, mucho lujo... como es cuestión de momentos a usted no le importará.

—Claro, claro... no debemos ser muy exigentes.

Había dulzura en sus palabras. ¿Era esa realmente la fiera que me había pintado Carlos? ¿No se había engañado en medio de su temor?

Nos sentamos en un canapé. Ella ocupaba un extremo y yo el otro. Nos mirábamos frente por frente y parecíamos dos viejas amigas, conversando sobre temas baladíos.

Vi entonces sus ojos negros, grandes y sugestivos; sus labios sensuales y la epidermis morena. Vestía con elegancia. El abrigo era de pieles negras y en el anular izquierdo llevaba un solitario de gran valor. De pronto preguntó:

—¿Quiere mucho a su hijo?

—A una madre no se le hace esa pregunta

—¿Ah sí?... Entonces usted es una buena madre y mejor esposa. ¡Me alegro, porque nos evitaremos muchas palabras!

Súbitamente se transformó. Sus ojos brillaron de manera extraña, los labios temblaron y fuerza invisible pareció emanar de su cuerpo. La vos fue lujuriosa. Tuve que asirme al brazo del canapé para no caer. Ella me creyó suya.

—¡No puedo perder más tiempo! Óigame bien: sé que Carlos se fue y que usted también lo hará. ¡Puedo seguirlos! ¡Lo tengo dominado! ¡Hará lo que yo quiera

y es preferible que no trate de evitarlo! Usted es inteligente y debe elegir el mejor camino. Usted es rica, deme veinte mil pesos y me iré para siempre. De lo contrario su hijo nunca estará seguro. Apresúrese. ¡Fírmeme un cheque! ¡La espero!

Quedé anonadada. ¡Era el colmo del cinismo! Nunca había sospechado tanta maldad en un ser humano. Pobre Carlos ahora comprendía su situación: ¡estaba hechizado! Las víboras no eran tan crueles y rastreras como esa mujer que me acababa de hablar. Durante unos minutos no supe qué contestar pues el golpe había sido tan fuerte que me dejó aturdida.

—¿Jura usted que nos dejará en paz siempre?

Vi esbozarse una sonrisa perversa en sus labios.

—¿No cree en mi palabra?... bueno, si insiste lo juraré.

—Está bien; espéreme un momento. Voy por la chequera.

El hombre debe ser bueno o malo, según sea la bondad o maldad de los que le rodean. Yo acababa de rozarme con la perversidad llevada a su extremo, así no te extrañe que por un momento me sintiese mala también. Más que todo, me impulsaba a dar ese paso el miedo a perder a mi hijo. Ella no se detenía ante nada; ya lo había probado. La justicia no podía intervenir pues no teníamos pruebas palpables para acusarla. La justicia dormía en mis manos.

Subí temblorosa a la alcoba de Carlos. Aquella tarde había visto allí, en un cajón de su escritorio, el revólver. Lo guardé en el pequeño bolsillo de mi bata. Luego como

me faltaba el valor, me acerqué a la cuna de mi hijo. Estaba dormido. ¡Era mío y querían quitármelo! ¿Por qué? Lo besé con todas mis fuerzas y salí cerrando las puertas para que no despertase. Iba a reivindicarme.

Cuando bajé, Fanny se había levantado y miraba distraídamente uno de los cuadros que estaba suspendido en la pared. Yo temblaba. Para no darle la oportunidad a que escapase, metí la mano en el bolsillo y mis dedos buscaron el arma. Al sentirme Fanny, se volvió.

—¿Ya firmó el cheque?

—Usted es quien va a firmar un papel escrito por su mano, en el cual confiese que nos ha estado robando y que ha tratado de amenazarme con la muerte de mi hijo.

Se puso intensamente pálida e intentó acercarse a mí, pero el brillo del arma la detuvo. No perdió la sangre fría y con tono de voz que no le conocía, articuló estas palabras:

—¿Y cómo explicaría a la autoridad mi muerte? ¿No comprende que este escándalo la acabaría de perder? Es mejor que nos entendamos de otra manera...no le exijo sino diez mil pesos.

—¿Aún se atreve a exigirme?... firme el papel con lo que le ordené o...

Pretendió correr, pero no le di tiempo. Cuatro bocas de fuego hablaron por mí.

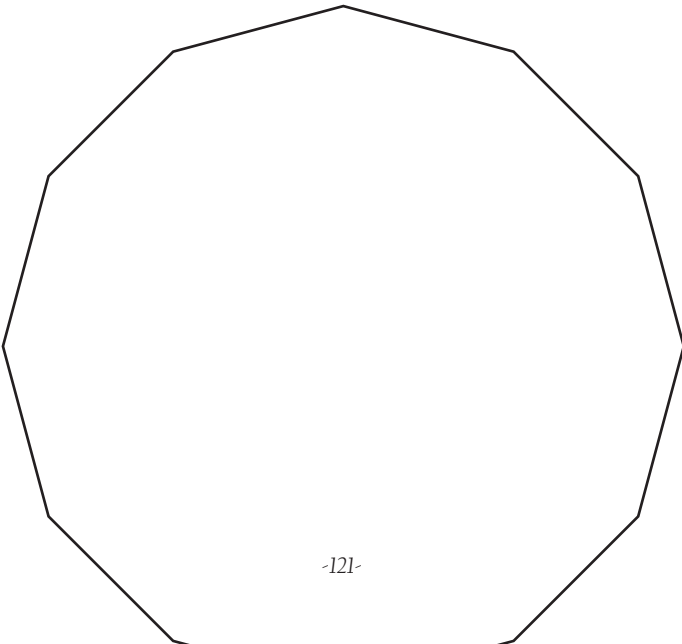
Cayó sobre uno de los sillones. ¡Ella buscó su final!

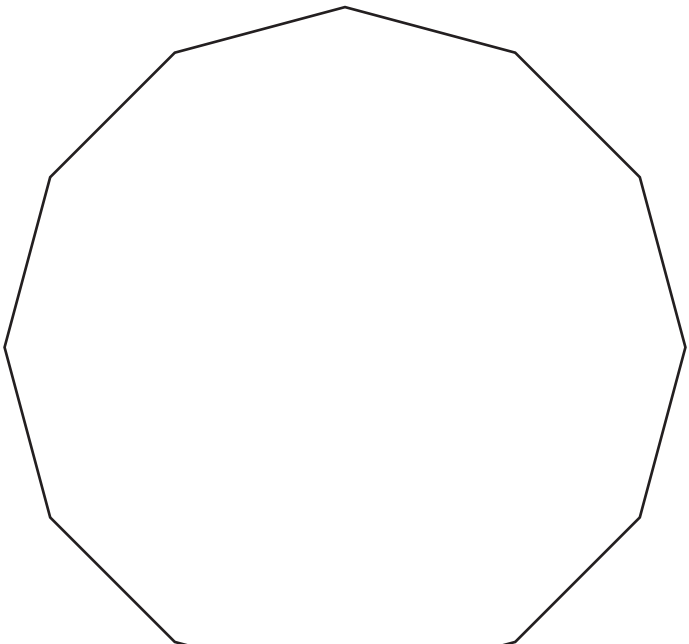
En el primer instante tuve miedo. Mezábame los cabellos espantada, quería correr, salir y llamar la justicia, pero me

contuve. Ahora estoy calmada. He salvado a mi hijo y él, por lo menos, será feliz. No saldré de aquí hasta la aurora, que será como la aurora plácida que muchas veces soñé.

Ven, querido hermano. Tú serás tal vez el único que no me mirarás como a una asesina. Tú, que has comprendido los sufrimientos que pasaron por mi vida como una pesadilla, tú me perdonarás. Mientras llega la luz yo estaré abrazada al cuerpo de mi hijo. Adiós.

—1945—





La sangre mala

Reinaldo González había llegado a la violencia por el camino de la tristeza. El movimiento bárbaro, la palabra soez y muchos actos que lo hacían temible y repulsivo, eran en él solo una reacción. Fundamentalmente bueno, esa que parecía nueva y repugnante faceta de su personalidad, habíase mostrado a raíz de la muerte de su madre. Perdido el más grande amor de su vida, sólo y pobre, constreñido por la inercia que le impedía emprender cualquier trabajo serio, prefirió dejarse llevar por el vagabundaje. Y como de alguna manera debía diluir el peso de su angustia, muchos fueron víctimas de sus puños poderosos.

En los arrabales huíanle, sobre todo cuando estaba ebrio. Entonces era temible con la cara roja y los ojos rebasándole las órbitas. Sus manos temblorosas iban destruyendo lo que encontraban por delante. Con voz ronca repetía una frase que todos conocían: “El destino me ha castigado! ¡Yo los castigaré a ustedes!”

Durante meses completos solía desaparecer y hacía escapadas al campo, donde llevaba una vida más apacible pero no menos errabunda y volvía nuevamente a la ciudad, espoleado por la melancolía.

Varias veces intentó contenerse y buscar la regeneración, pero no pudo. La sociedad era para él una comedia repugnante; los ricos estaban enfermos de orgullo y egoísmo y a los pobres consumíalos el rencor. Además, la naturaleza habíale dado un cuerpo magnífico, de exuberante fuerza biológica, cuyos apetitos no alcanzaba a controlar la voluntad por las razones solas de la moral.

¿Para qué trabajar? —decíase—. El día que yo muera irán detrás de mi ataúd los amigos de última hora, los amigos de mi dinero. Además, admito hipocresías. No quiero que se hable de «un varón ejemplar», cuando en realidad soy una bestia.

Aquella tarde estaba sentado en un rincón de la taberna. Acababa de llegar a la ciudad y por el rostro calmado se podía juzgar que traía buenas intenciones. Hojeaba un periódico viejo cuando se le acercó Tomás, muchacho limpiabotas y unos de los pocos amigos que aún le quedaban.

—Hola Tomás, ¡llegas a tiempo! Préstame diez centavos, que aún no he desayunado y no quisiera robar a este viejo imbécil.

—Claro, Reinaldo, ¡claro! —Dijo el otro, que sabía cómo eran recibidas las negativas, y casi tuvo miedo de haberse acercado— Pero ... ¿qué te habías hecho?

—Me fui a la montaña y tuve suerte, pues ahora me acabo de enterar del asesinato y robo de Don Felipe... se lo merecía por canalla...yo hubiese estado aquí me lo habrían achacado, por la pelea pesada...

—Precisamente, quería decirte algo sobre eso... ¡pero júrame que no dirás a nadie mi nombre!

—¿Tienes miedo? ¡No seas cobarde! Mientras yo viva no debes temerle a nadie, ¿me entiendes?

—Está bien. Ayer en el café estaba Romero rodeado por muchas personas y les decía...

—¡¡¿Qué decía ese miserable?!!

—Decía que...que...que... estaba convencido de que tú habías matado a Don Felipe y luego huiste.

—¡Desgraciado! ¡A quién voy a matar es a él! ¡Hace tiempo que le tengo ganas... y calumniarme!... ¡lo mataré!... ¡de esta no se libra!

—Ande con cuidado, Reinaldo.

—¿Cuidado yo? ¡Todavía mis puños mandan aquí! ¡No será Romero quien me haga retroceder! ¿Va por las noches a la cantina de Rosa?

—Allá estuvo anoche.

Salió brutal y tembloroso. El brillo de los ojos y la barba de varios días le daban aspecto feroz. Todos se apartaron temerosos.

Entró en la cantina de Rosa, antro en donde se citaban el vicio y la podredumbre. Solo en sus peores momentos Reinaldo había descendido antes a ese lugar. La mujer cuando lo vio entrar presintió la tormenta.

—¡Deme un trago de ron! ¡Rápido! ¡¡¿Viene Romero hoy?!!

—No sé. Últimamente no aparece por aquí.

—¡No mienta vieja perra! ¡No trate de salvar a ese miserable si no quiere algo peor!... sirva otro trago!... Mejor tráigame una botella. ¡Hoy no he desayunado! Estoy débil.

Poco a poco, solo mientras la idea de la calumnia rondaba por su cerebro acalorado, fue vaciando el contenido fuerte de la botella. La temperatura interior fue subiendo. Sentía borbotear la sangre bajo la epidermis. Algunos tahúres y estafadores que entraron, cuando lo vieron en ese estado abandonaron rápidamente la cantina. Nunca saturó su rostro tanto furor como aquella noche.

Ya se acercaba Reinaldo al clima dionisiaco de la embriaguez cuando apareció en la puerta la figura descarnada de Romero. Este, ajeno a la situación, se dirigió al mostrador, donde Rosa le oyó la voz ronca y titubeante de González:

¿Conque... yo... yo... soy... el ladrón?... te estaba... esperando... cobarde!

En seguida vio levantarse al cuerpo robusto y marchar vacilante hacia él. La sombra que se proyectaba sobre el suelo era monstruosa y las extremidades se movían espasmódicamente para conservar el equilibrio. Fueron varios segundos de silenciosa espera. Solo se oía la respiración cortada de Reinaldo que luchaba por vencer los efectos del alcohol.

—¡Defiéndase o... lo mato!... lo mato como a un... perro!

Se acercó más, agarró una silla y levantándola quiso dar a los músculos toda la energía que su odio demandaba.

Romero retrocedió y entonces los ojos turbios de González vieron la hoja brillante que se hundía en sus carnes. Lo último que recordaba eran unas manchas rojas y un grito lejano y largo que no supo de cual garganta salió.

Fue un nuevo y dulce nacimiento. Algo como una mano suave rozó su frente. Después los contornos de los objetos se hicieron cada vez más claros y las primeras impresiones visuales llegaron a su retina.

Sería la hora del crepúsculo, pues débiles rayos de luz dorada se metían por una ventana que había detrás de su cama. Sus oídos desacostumbrados volvieron a temblar con los fragmentos de un coro lejano que venía en alas del frío viento.

Miró lentamente a su alrededor. Aunque la penumbra verpertina se iba pegando a las paredes, pudo darse cuenta de que se hallaba en una vieja sala. Había dos filas de camas y la mayoría de los enfermos yacían como él en una especie de letargo beatífico. Algunos rezaban y el susurro de las oraciones era una melodía más que se incorporaba a la fresca sinfonía del crepúsculo.

Sintió una punzada y se llevó la mano al hipocondrio derecho. Sus dedos palparon un vendaje grande imbibido en sangre. Recordó entonces como en un sueño los incidentes anteriores, y los relacionó con su situación actual: lo habían herido y estaba en un hospital de caridad.

En la cama de derecha, un muchacho flaco y pálido que tenía enyesado el tórax, procuraba leer las desteñidas hojas de un libro pequeño. Reinaldo quiso hablarle con aquella voz poderosa que hacía temblar, pero no pudo. Con palabras veladas preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Lo trajeron anoche en muy mal estado— contestó el otro y se entregó nuevamente a la lectura.

Seguramente arrojaría mucha sangre, porque sentía marchar su vida orgánica con ritmo muy lento. Su cuerpo acostumbrado a la efervescencia, a las altas temperaturas, resbalaba en un clima tibio que lo desesperaba. La voluntad poderosa no encontraba para actuar más que un poco de carne flácida. Otra vez lo invadió el sopor.

Despertó por el agudo pinchazo de la aguja que se introducía en la vena de su antebrazo. Hubo ruido de telas que se frotaban. Abrió los ojos que se encontraron con los de hermana enfermera.

Es un poco de suero. No se mueva por favor, que lo necesita.

Y se alejó vaporosa.

¿Quién es? Preguntó Reinaldo a su vecino.

La hermana Marta; una santa.

—¿Santa? Nunca creí que en mi vida encontrase una,
—dijo con ironía.

—Sí, sí, esta lo es. Todos la queremos mucho.

Durante aquel día vio dos o tres veces más a la hermana

Marta, que pasaba levemente, prodigándole cuidados a todos los enfermos. ¿Era la bondad extrema la que hacía hermoso su rostro? No. Había cierta inequívoca belleza que el frío ascetismo no pudo borrar completamente.

Sobre todo aquellas manos blancas y finas que ejercían al menor contacto efecto analgésico. Y los ojos milagrosos, como sedantes magníficos.

La convalecencia fue lenta.

Hay seres imprecisos, casi fugitivos, que desprenden poder insospechado de sus existencias sencillas. Nada de gestos fieros ni de palabras violentas. Sólo llevan consigo sentimientos aparentemente negativos: la mansedumbre el silencio triste, la sonrisa tímida. Sin embargo, cuánto construyen. Cuántas semillas van regando en su ambulación furtiva. ¡Cómo necesitan de ellos los hombres fuertes!

Aquella mañana tibia Reinaldo soleábase en uno de los jardines cuando vio venir a la hermana Marta por angosto sendero. Cortando rosas. La sangre afluyó al rostro del convaleciente. Siempre le sucedía lo mismo ante ella. Su cuerpo degradado no toleraba sin un temblor la presencia purísima.

—¿Hermana quiere arrancar una rosa para este pecador?

—Todos lo somos— dijo ella dulcemente y le entregó un ejemplar de rutilantes pétalos.

—No se acerque mucho. ¿No sabe que yo soy un bárbaro? Todo lo he ultrajado, y si ahora parezco manso es porque me faltan fuerzas... pero en cuanto salgan de aquí... ¡así lo quiere mi suerte!

—He oído su historia. Pero esa herida... por ahí salió la sangre mala. No hay duda... ya botó la sangre mala.

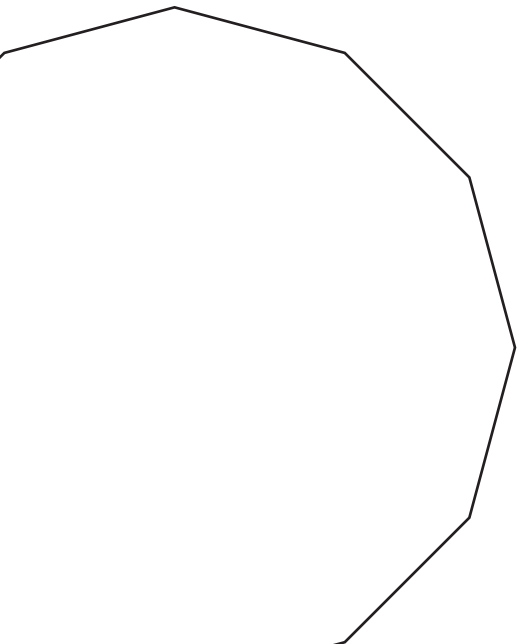
—Y se alejó, como flotando en el aire.

Reinaldo se entregó de nuevo a la meditación. Qué había pretendido decir con aquello de “ya botó la sangre mala”. ¿Era lo mismo que desde días atrás venía sintiendo? Sí. La parecía que por la grieta de su carne se escapara toda la podredumbre que antes guardaba. Mas no era solo eso. También había recibido algo nuevo, claro y maravilloso, la presencia de la hermana Marta, como un ángel extraviado, iba suavizando poco a poco las aristas brutales de su alma. ¿Qué aliento mágico encerraba esa criatura ingrávida que parecía por momentos diluirse en el viento, en el silencio, en la sombra apenas dibujada?

Aunque a veces algunos rezagos de su odio trataban de emerger violentamente, una mirada de ella, un gesto débil, bastaban para sepultarlo. Cuánta fuerza en los movimientos tenues de aquella mujer.

Han pasado tres semanas.

Reinaldo anda ya y sus pies, aún vacilantes, van a llevarlo al mundo. Pero en el mundo hay muchos caminos



El lugar de la muñeca

Nada he vuelto a saber del señor Schatz. Nunca olvidaré sin embargo su rostro juvenil, redondo y colorado y su bondad temperamental. Puedo asegurar que es el hombre más bueno que he conocido y por eso aún me duele la indiscreción que cometí con él y que tal vez fue causa de su inesperada fuga.

Hace unos quince años llegó al país y estableció en mi ciudad uno de los primeros y más completos almacenes de artículos eléctricos. Como nadie le hacía competencia y era un trabajador infatigable, su negocio prosperó de manera fabulosa y en poco tiempo reunió un capital nada común. Todos le querían porque era un alma generosa que repartía entre los necesitados buena parte de su dinero. Además, dictaba gratuitamente en la Universidad el curso de Física, ciencia que conocía a profundidad.

Sus placeres eran sencillos y su vida moderada. Gustaba de la buena comida y, sobre todo, de la cerveza, no tan agradable como la de su lejana Alemania, pero que después de tres o cuatro botellas no tenía mal sabor. Era un hombre que se hacía fácilmente a las circunstancias.

Un día sintió con el tiempo la soledad íntima y puso sus

ojos enamorados en una criolla hermosísima, cuya familia vio en las pretensiones del rico señor el paso más corto y seguro para mejorar la situación económica, que no andaba muy bien. Con o sin el asentimiento de Teresa (que así se llamaba) se efectuó la boda rápidamente. El señor Schatz se vio de la noche a la mañana encabezando una extraña y extensa familia, pero lleno a la vez de felicidad.

¿Cómo podía llevarse armoniosamente el carácter afable, tierno y generoso de mi amigo, con el fuego y la avaricia de aquella mujer peligrosamente hermosa, cuyos ojos desacostumbrados no resistieron el nuevo brillo? Lo cierto es que el buen señor no podía esconder su alegría desorbitada: reía constantemente, se prodigaba hasta el exceso y había duplicado su radio de acción.

Cuando Teresa estuvo segura del imperio que ejercía sobre su marido, empezó una vida fastuosa con la cual pretendía olvidar la estrecha existencia que antes llevara. Fiestas continuas, vestidos extravagantes y viajes inusitados hicieron volver hacia ella las miradas distraídas. El señor Schatz pagaba dócilmente sus locuras. Después de todo, ¿para quién trabajaba él, ya que la naturaleza le iba negando los hijos que tanto deseara? Todo era para su «adorada criollita».

Nada sabía yo de las intimidades de aquel hogar y lo juzgaba simplemente por las apariencias. Para mí el señor Schatz era un hombre completamente feliz. Económicamente seguía progresando y el espejo de su rostro me

dejaba ver constantemente un alma plácida. El tiempo libre lo dedicaba el buen alemán a sus clases en la Universidad y a la experimentación, para lo cual había instalado un lujoso laboratorio en uno de los sótanos de su quinta.

A veces, cuando para volver a mi casa tomaba deliberadamente aquella ruta, podía ver a través de una ventana semiabierta el juego de luces maravillosas que se escapaban de los aparatos, envolviendo al emocionado profesor en una atmósfera fantástica que hacían de él un nuevo Fausto. Sus facciones cambiaban bajo la máscara de los colores y el furor de su risa me decía que estaba asistiendo a una verdadera bacanal. Allí era dueño absoluto. La energía eléctrica y los cuerpos químicos obedecían sumisos a su voluntad, que en esos momentos crecía hasta el infinito.

Pasaron así unos tres años. Como el señor Schatz visitaba con frecuencia el almacén donde yo trabajaba, un día empecé a notar que el color de sus mejillas era desteñido y que las arrugas empezaban a pasar su cuchillo cruel sobre la frente ya no tersa de mi amigo.

—¿Está usted enfermo señor Schatz? —Le pregunté.

—¡Oh sí...! Tengo una úlcera gástrica que me mortifica mucho.

Acepté aquella explicación inmediatamente. Sin embargo, algunos días después durante una conversación con unos amigos, su nombre apareció en una de las bocas y se convirtió en tema obligado. Yo no sabía qué decir y traje a cuento la salud del profesor.

—Pobre, —dije— cómo debe de sufrir con esa úlcera. Los médicos lo habrán prohibido la cerveza... tanto como le gusta.

—Úlcera?— contestó otro irónicamente. Se ve que usted es el único que lo ignora. Teresa; ella esa la enfermedad. Todos los sufrimientos del profesor se resumen en ese nombre. ¿Pero es posible que usted haya creído eso? Si las desvergüenzas de la criolla todo el mundo las conoce.

Mis ojos vieron entonces la más real de las verdades. Aquella fiera jugaba cruelmente con el hombre que hubiera dado todo lo suyo por complacerla; ¡con ese esclavo que dolaba la cerviz ante la más insignificante de sus insinuaciones! Me repugnaba especialmente que el nombre de mi buen amigo corriera de boca en boca, acompañado de los comentarios no siempre benevolentes.

Quise engañarme pensando que todo era fruto de la maledicencia popular. En esos días vi muy pocas veces al señor Schatz. Supe que cuando llegaba a su casa de la Universidad o del almacén, metíase al laboratorio y allí permanecía muchas horas, entregado febrilmente a la experimentación. Salía raramente, casi siempre sólo, con varios libros bajo el brazo y el signo de su tristeza en la frente. Qué no hubiera dado yo por consolarle, pero tuve temor de complicar aún más su estado anímico.

Una noche, ya se habían marchado los empleados del taller donde yo trabajaba y disponíame a cerrar la puerta principal cuando alguien me tocó el hombro. Me volví sor-

prendido y vi al Profesor Schatz que con aire misterioso me hizo un gesto para que lo siguiera. Me esperó unos minutos, caminamos largo rato en silencio y después de alejarnos un poco del centro de la ciudad, me invitó a que nos sentásemos en uno de los bancos de un parquecillo solitario.

—¡Es un milagro verlo señor Schatz!

—He estado un poco enfermo, pero voy mejorando... gracias... Bueno Alfonso: lo he buscado para pedirle un gran favor... ¡que usted no me negará!

—¡Claro que no! ¡En lo que pueda he de servirle con gusto!

—Escúcheme entonces: he visto en la vitrina del almacén las muñecas que usted ha hecho últimamente. ¡Me parecen muy buenas y quisiera que me hiciese una mucho mejor! No importa el tiempo que se tome ni el precio de ella; lo esencial es que sea idéntica a la persona que va a copiar.

—¿Quién es?

—Mi esposa... Teresa... ¡pero le ruego que no le diga nada a nadie de esto! ¡Ni ella misma debe saberlo! Yo le facilitaré todas las medidas que usted exija, le daré algunos retratos y demás, usted irá a mi casa en calidad de amigo y la observará de cerca sin que ella lo note. Es un capricho, pero si acepta le exijo completa reserva.

El rostro atormentado de mi interlocutor, aquel capricho casi pueril, la seriedad de sus palabras, y los anteceden-

tes conyugales que yo conocía, me desconcertaron. Me dije que era una extravagancia y como no había inconveniente de mi parte, acepté. Él no pudo disimular su alegría y allí mismo convinimos la forma que yo sería introducido en su hogar y otros detalles que juzgó importantes. Muy tarde nos separamos.

Todo sucedió como él lo había previsto. Empecé a frecuentar con curiosidad aquella casa, dispuesto a ayudar en cuanto fuese posible a mi desolado amigo. Este no perdía una sola oportunidad de halagar a su esposa. Su solicitud casi patológica contrastaba el desdén de Terea. Continuamente lo humillaba delante de mí. Yo notaba el dolor venenoso que corroía las entrañas del profesor y que inútilmente pretendía disimular.

¡Muchas veces tuve ganas de estrangular aquella hiena! Sin embargo, por el compromiso que tenía con el pobre alemán, me veía obligado a fingir una comprensión amable ante él.

Poco a poco fui modelando esa figura que me repugnaba. Era una belleza exótica, fruto híbrido de ancestrales resentimientos, ambiciones truncadas y desenfrenado sensualismo tropical.

“¿Para qué, —me preguntaba— quiere esta esfinge maldita? ¿Para romperla lentamente y saciar su odio? No, no era para eso porque estaba seguro de que la amaba furiosamente. ¿Para despertar celos absurdos? Ella era insensible. Un denso misterio envolvía la piel de la muñeca.

El señor Schatz acudía casi todas las noches a mi taller y allí permanecía mientras yo trabajaba, observando el progreso de la obra. El mismo corregía ciertos detalles que le parecían falsos. Semejaba un viejo Dios empeñado en perfeccionar el fruto amado de su creación.

Después de cinco meses la muñeca parecía una gemela inanimada de Teresa. Nunca he vuelto a construir algo perfecto como aquello creo que yo puse también mucho el furor de mi amigo. Sólo bajo la mirada brillante del profesor pude darle vida a ese nuevo ser, que como a la estatua del renacentista genial hubiera querido exigirle que hablara.

Cuando estuvo completamente satisfecho, una tarde llegó con una pieza de tela delicada, envolvió en ella cuidadosamente la muñeca y con respeto infinito la colocó en su automóvil. Luego me dio las gracias emocionadas, entregóme un cheque en blanco y se alejó sin acertar a disimular su felicidad patológica “La locura —me dije— se va enroscando en su mente”.

Nada cambió en la existencia cotidiana del metódico alemán, pero me pareció que había rejuvenecido, que la tristeza había sido desalojada del robusto cuerpo.

Como yo seguía visitándolo con alguna frecuencia busqué el sitio de la muñeca más no lo encontré en ninguna parte. Pronto tuve la seguridad de que Teresa nada sabía de su rival. La ventana baja que daba a la calle fue cerrada y no pude volver a contemplar al profesor en medio de su mundo de luces y átomos.

Aquella mañana me despertó una noticia trágica: Teresa había muerto. Se la encontró envenenada en su aposento, sin que nadie acertase a dar una explicación del hecho. Corrí a la casa del profesor y lo encontré afligido, pero no en el estado de desesperación que en el camino yo imaginaba. Era justo, pues ella debió de darle una vida miserable durante los últimos meses. Procuré consolarlo y me pareció que su alma buena olvidaba todas las injusticias y que conservaba de la criolla un recuerdo enamorado. Yo tenía la seguridad de que muy pronto habría de sacar la muñeca y venerar en ella la memoria de su esposa; más no fue así.

No sé por qué, pero una idea que con insistencia estuvo rondando por mi cerebro, se hizo entonces obsesión. Alguna relación había entre la muerte de Teresa y la muñeca, de lo contrario ¿en dónde estaba ella? ¿Por qué ese afán de esconderla y el silencio que me exigiera? No nos había engañado, aún a mí, el artífice. ¿La verdadera Teresa estaba muerta? ¿Se trataba en realidad de un suicidio?

Deseoso de hallar solución a esos enigmas para alejar de mí el fantasma de la duda, una tarde me dirigí a la casa del señor Schatz. Un viejo sirviente que no conocía me abrió la puerta. Le pregunté por el profesor y me contestó que se hallaba en el laboratorio a donde nadie podía entrar por orden absoluta de él. Entonces mentí: le dije que su señor me había llamado por teléfono, pidiéndome le trajera un repuesto para uno de sus aparatos. Me condujo por

un estrecho corredor, abrió una puerta y señalándome la parte inicial de una escalerilla de caracol me dijo:

—Baje usted por ahí, pero cuidado con las indiscreciones.

Aquella advertencia me hizo vacilar; más juzgué que todas esas medidas del señor Schatz eran tomadas contra los intrusos y yo me consideré un buen amigo suyo, especialmente después de que un secreto nos unía. Empecé a descender lentamente y aún no había dado cuatro pasos cuando la oscuridad extrema fue encendida de repente por un rayo de luz amarilla. Me detuve azorado y después de unos segundos angustiosos empezó a invadir la sala tenue luz verde que me permitió ver, a la distancia de unos diez metros, la masa corpulenta del profesor. Vestía blusa de experimentación, me daba la espalda y no pareció percatarse de mi presencia. Estaba rodeado de aparatos multi-formes, tubos de ensayo, probetas y gran cantidad de objetos que mis ojos obnubilados no alcanzaron a precisar.

Sus manos firmes movieron el botón metálico de un aparato que tenía a la derecha y una gama de colores se desparramó por las paredes y vistió las cosas. Hizo nuevo movimiento y una llama blanquísima empezó a crecer allá en el fondo. A través de ella se insinuó poco a poco y luego apareció nítidamente la imagen de Teresa, que reposaba en un diván. Permanecí como petrificado.

Acto seguido tomó el profesor una especie de cuerda elástica y a tiempo que la movía dijo con voz imperiosa:

—Teresa mía, ven, acércate...

La masa se fue levantando, con movimientos naturales dio los primeros pasos y se detuvo. El profesor maniobró nuevamente y la muñeca se acercó. Sólo un ojo prevenido podía descubrir lo que había de artificial y estudiado en la mímica de aquel ser. Daba completa impresión de vida y su hermosura sobrepasaba con mucho a la de la legítima Teresa en sus últimos días.

—Di: ¿me quieres? ... me querrás toda la vida?

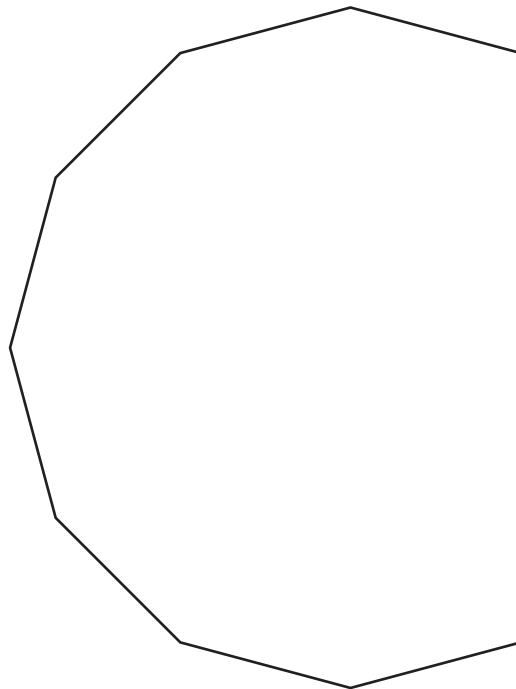
—Siempre te amaré... soy tu Teresa para siempre—
Dijo una voz metálica que parecía nacer del fondo de la caja torácica. Mi amigo se frotó las manos satisfecho y durante varios minutos estuvo combinando una serie de botones que dejaban escapar extraños sonidos.

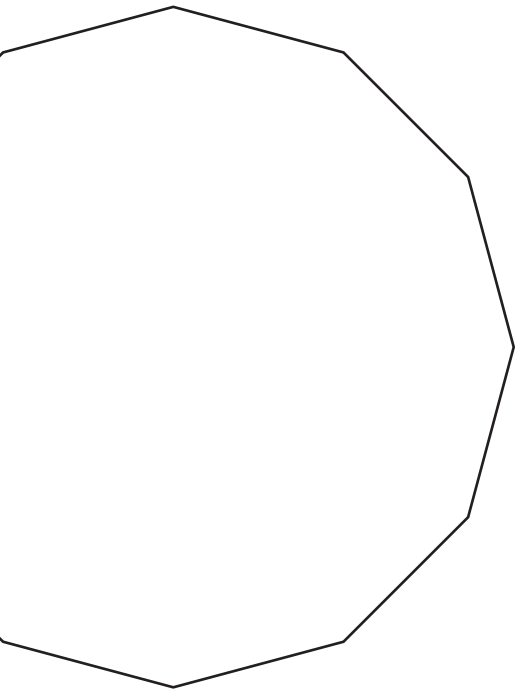
—Ahora vamos a ensayar cómo debes darle un beso a tu marido.

La muñeca empeñó a ejecutar con los labios la cabeza y los brazos, movimientos automáticos que el profesor controlaba, tratando de imprimirles por un sistema de coordinadas toda la naturalidad que ellos requerían. De pronto, no sé si por un error de cálculo o por falla de los aparatos, levantó una pierna, empezó a vacilar y pareció que iba a caer. Yo, que durante todo ese tiempo había permanecido impávido, no pude contener un grito de alarma. Fue como un rayo. Se volvió a mí con el rostro tembloroso lanzó un rugido demente e hizo ademán de agarrar un asiento para lanzármelo, pero tuve tiempo de subir los tres o cuatro escalones que me pusieron a salvo. Gané la puerta y cru-

zando por entre los criados confundidos, como un criminal que huye salí a la calle y corrí cuanto pude.

Una semana más tarde, me dirigía a la casa del profesor, resuelto a darle mis excusas por aquella intromisión que tanto lo afectara. Hacía tres días que se había marchado, sin avisar a nadie, durante la noche. Todo estaba intacto. Lo único que no encontré en su laboratorio fue la muñeca, que por lo demás nadie, excepto yo, había conocido.





Notas y apéndices

[sobre el autor y su obra]

Nota 1

A lo largo de su carrera, Dow recibió múltiples reconocimientos que consolidaron su legado. Fue finalista del prestigioso Concurso de Novela Nadal en 1974 con *Los ángeles y los buitres* * y obtuvo distinciones como el segundo lugar en el Premio Esso (1963), el Premio Vivenencias, compartido con Gustavo Álvarez Gardeazábal, y en varias ocasiones el Premio Nacional de Teatro, una de ellas compartido con Gonzalo Arango.

En 1982, ganó el Premio Nacional de Teatro del Teatro Nacional con *El pequeño dictador* (Comedia en cuatro jornadas. Bogotá: Editorial Cinco, 1982), obra que también obtuvo el premio de teatro en el concurso ICASA del Teatro Nacional junto a Carlos Perozzo. El jurado, compuesto por Ramón de Zubiría, Jaime Mejía Duque y Eduardo Márceles Daconte, destacó que era “una pieza de índole cómica y farsesca, bien escrita en todos sus momentos, sencilla y rigurosa en construcción, básicamente ceñida a la claridad estructural de los arquetipos del género”.

Otras distinciones incluyen el Premio Nacional de Teatro del periódico *El Tiempo* (Bogotá, 1963) por *El amable*

señor Viveros (1964, Bogotá: La Idea), y reconocimientos por obras como *Puente roto*.

Nota 2

Néstor Madrid Malo. *Breve noticia sobre el cuento en Colombia*:

“Tres cuentistas jóvenes, que mucho prometían, surgen en 1948. En tal año se publican, casi al tiempo, los libros *La vida y todo lo demás*, de German Cavelier (1922), *Tres caminos*, de Gustavo Wills Ricaurte, (1923-1953) —muerto trágicamente— y *Doce cuentos* de Alberto Dow (1923). Se trataba, evidentemente, de tres indiscutibles valores, cuyas obras estaban —dentro de su diferenciada individualidad— orientadas por un mismo concepto acerca de la necesidad de darle al cuento nuevos contenidos y modos expresivos, más a tono con las modernas tendencias. Y así, el penetrante análisis que hace Cavelier de las altas esferas sociales de la capital colombiana, sobre todo a través de sus personajes femeninos, o el buceo de Wills por los “tres caminos” que se presentan a sus personajes —sentimiento, pensamiento, sueño—, o el adentrarse de Dow por los ensueños— y decepciones de sus protagonistas, constituyen todas modalidades de esa gran indagación espectral del hombre y su mundo interior que esté empeñado en realizar el cuento contemporáneo. Como puede advertirse, es mucho ya el trecho que separa al cuento de los años veinte y treinta, de este que surge a fines de la década de los cuarenta. En un movimiento ascensional

y depurador, nuestra narración breve deja de ser la descripción, el relato de algo, para constituirse en la vivencia, en la expresión de algo, que el escritor logra no ya por medios descriptivos sino a través de módulos expresivos. De contar una realidad de vida, se pasa a narrar aquella “realidad de espíritu” a que aludía Guillermo de Torre en su ensayo sobre Katherine Mansfield. Y no hay duda que fue la lectura de los cuentistas ingleses —Huxley, Mansfield, Woolf, especialmente— lo que influyó decisivamente en la formación literaria de este grupo de escritores colombianos”.

Nota 3

Este repertorio de novelas del que Dow toma distancia se encuentra muy bien descrito por Darío Henao en el artículo antes citado: El inventario de obras de ficción que va de *Tierra Nativa* (1903) de Isaías Gamboa a *Viento Seco* (1953) de Daniel Caicedo es muy pobre y escaso. Algo muy explicable si se tiene en cuenta la hegemonía de una cultura de aldea y campanario en la que predominó un romanticismo rezagado, un rígido neoclasicismo y un modernismo discreto regado de mucha escolástica. Este campo intelectual operó cual campana neumática y por eso se explica en buena parte la ausencia de un género moderno por excelencia como la novela.¹

1 Darío Henao Restrepo, texto citado

Nota 4

Festival de Arte de Cali de 1961 premio de dramaturgia: Fanny Buitrago con *El hombre de paja*, Alberto Dow con *Al final del túnel* y Gonzalo Arango con *Esta vida muerta*.

Nota 5

En 1966, Carlos Miguel Suárez Radillo, Comisionado del Ministerio de Información y Turismo de España, realizó investigaciones sobre el teatro colombiano, promueve el Ciclo de Teatro Leído en el Teatro del Museo Nacional. Entre las treinta obras escogidas por Suárez Radillo, se destacan, *Historias en el parque* de Andrade Rivera, *La jaula de cristal* de Oswaldo Díaz Díaz, *El puente roto* de Alberto Dow, *Caronte liberado* de Manuel Zapata Olivella, *Los bandidos* de Carlos José Reyes y *El iluminado* de Luis Enrique Osorio.

Bibliografía parcial

Su obra abarca cuentos, novelas y piezas teatrales, entre las cuales destacan los siguientes títulos:

- *Los ángeles y los buitres* (2001). Medellín: Universidad EAFIT. Finalista Premio de Novela Nadal (Barcelona, 1974).²
- *Antología del cuento vallecaucano*, (s.f.) Harold Kremer, Universidad del Valle.

2 Este es el premio más importante de novela en lengua castellana, premio que solo habían obtenido, a esa fecha, otros dos colombianos: Eduardo Caballero Calderón y Manuel Mejía Vallejo.

- *Guandurú el espíritu del mal* (1958).
- *El pequeño dictador* (1982). Comedia en cuatro jornadas Bogotá, Editorial Cinco, 1982, Segundo premio de dramaturgia en el Premio Nacional de Teatro Icasa, 1982.
- *El rey* (1980). Plaza & Janés Editores.
- *Sobre el áspero lomo del tiempo* (s.f.).
- *El amable señor Viveros* (1964). Bogotá: La Idea. Premio Nacional de Teatro del periódico *El Tiempo* (Bogotá, 1963).
- *El final del túnel* (1964).
- *El puente roto* (1962).
- *En la oscura noche* (s.f.). Letras Nacionales.
- *El mordisco* (s.f.). Letras Nacionales.
- *Visitas que no se esperan* (s.f)..
- *Mal ladrón con buen disfraz* (s.f)..
- *Unos años, una noche* (1968). Cali: Editorial Pacífico. Segundo premio del Concurso de Novela Esso.
- *La sangre petrificada, El diablo, el ángel y la mujer* (1951). Bogotá: Editorial Espiral, Bogotá, 1951.
- *Doce cuentos* (1948). Editorial Etober.

Sobre sus premios

Los ángeles y los buitres (novela)

- Capítulo aparte merecen, por presentar escenarios, ambientes y problemas completamente distintos, las abundantes novelas hispanoamericanas que han

concurrido al Premio Eugenio Nadal del presente año y cuyo sabor exótico y jugosa exuberancia narrativa han venido a añadir un valioso ingrediente de fuerza y vitalidad al excesivo intelectualismo y dificultad técnica de algunas de las experiencias novelescas que acabamos de mencionar. Entre las que se han clasificado en un lugar más destacado, y dejando la ganadora para el final, mencionaré en primer lugar *Los ángeles y los buitres*, de Alberto Dow, novela inspirada en el grave problema del bandolerismo y de las sangrientas luchas los dos partidarios rivales en los distritos rurales de Colombia. Hábilmente estructurada en un doble plano narrativo, en el que se desarrollan dos acciones simultáneas y convergentes, una en forma autobiográfica y otra en forma de atestado o investigación retrospectiva de los hechos, la novela cuenta la trágica historia de un pueblo rural colombiano, convertido en víctima inerme de la barbarie del bandolerismo político, con su sangrienta secuela de robos, asesinatos, violaciones y crímenes.³

- Hábilmente estructurada en un doble plano narrativo —por un lado las voces de los testigos y actores de los acontecimientos, por el otro la voz de Matoño recuperando los años de su infancia y primera ado-

3 Antonio Villanova Secretario del Premio Nadal, *Revista Destino*, Año XXXVII, No. 1945, 11 enero 1975

lescencia—, la novela *Los ángeles y los buitres* cuenta la trágica historia de Cañaveralejo, pueblo convertido en víctima inerme de la barbarie del bandolerismo político durante los años cincuentas. Inédita hasta hoy, la obra de Alberto Dow no es, sin embargo, “una novela más” sobre aquellos años fatídicos de la historia nacional; es la fabulación desde los afectos, las visiones de mundo, los prejuicios, los dolores y los placeres, de aquellas vidas singulares que dan forma a una localidad. Con este recurso, el autor logra, a medida que transcurre la anécdota, dar vida a unos caracteres capaces de encarnar un destino del cual, al mismo tiempo, son forjadores y víctimas”.⁴

Guandurú, el espíritu del mal (novela)

- Por la seguridad y belleza de las descripciones, el dominio de la técnica novelística, el contenido social y el discreto tinte folclórico que matiza sobre todo los diálogos, esta novela *Guandurú, el espíritu del mal* (1958) está destinada a figurar, seguramente, al lado de las pocas que han enriquecido el supremo género literario en Colombia.⁵

4 Texto tomado de la contratapa.

5 Texto tomado de la contratapa de la edición original de la novela.

Reportaje: Alberto Dow, la fidelidad a la escritura⁶

La entrevista se centró sobre algunas de sus novelas y su temática constante: La violencia. Quiero presentar en bloque sus expresiones. Entre otros temas dijo:

Eduardo Pachón Padilla, en su *Antología del cuento colombiano* dijo de Alberto Dow, “Toda su obra literaria versa en torno al proceso analítico que conjetura sobre el ser humano, a quien sitúa casi siempre en el complejo y heterogéneo medio que diferencia al ambiente urbano. Su tesis primordial consiste en que la persona esta predestinada, por su designio fatal, a una permanente alteración que poco a poco reduce más y más su espacio vital”.

Premio Esso

En 1973 terminé mi novela *Los ángeles y los buitres*, que gira sobre la violencia, o sea los años 1948-1953. Esta primera violencia tuvo personajes siniestros (Sangre negra, Pájaro verde...), la república venía acumulando una serie de malestares, todo estalló el 9 de abril de 1948, bajo el gobierno de Ospina Pérez.

Sobre el áspero lomo del tiempo (Novela)

Desde el año 30 del siglo XIX, sin contar las batallas de la independencia y la violencia del elemento ibérico

6 Apartes de la entrevista realizada por Alberto Ramos Garbiras (1989) para la revista *Gaceta*, poco antes del sorpresivo fallecimiento de Alberto Dow.

sobre las comunidades indígenas, Colombia hasta hoy ha tenido muy pocos periodos de paz. Escribí una novela titulada *Sobre el áspero lomo del tiempo*, tiene que ver con las guerras civiles del siglo XIX, básicamente enmarca la historia de unas minas en Antioquia, esta novela, pese a ser posterior a *Los ángeles y los buitres*, es su antecesora y su complemento histórico.

“Desde la década del 40 incluí en mis cuentos elementos urbanos, cuando la narrativa era rural y costumbrista”.

Desde que yo tengo noción de los hechos, por vivencias, porque los otros los he estudiado, siempre han existido en Colombia conflictos. Mis novelas, subrayadas por la violencia, están muy sujetas al entorno real, los elementos de ficción, que utilizo en otros escritos, tienen aquí un papel auxiliar, pero son sucesos ciertos. En *Sobre el áspero lomo del tiempo* se aúnan estos aspectos, toco el gobierno de Mosquera, el de Obando, el golpe de José María Melo, el gobierno de Rafael Núñez, incluyo a Aquileo Parra, el combate de los Chancos, y algo importantísimo, la toma de Cali en 1876 por los negros de Puerto Tejada. Este acontecimiento casi no ha sido estudiado, los destrozos causados fueron enormes, la rebelión revistió características graves.

En esta novela también incluyo la pérdida de Panamá. Utilicé un recurso diferente, la novela está narrada con

la estructura tradicional, pero en el capítulo penúltimo inserté una obra de teatro que describe este hecho histórico. Los hijos de la familia protagonista van a realizar una obra que se llama *Adiós Panamá* y la materializan, el personaje va contando la representación y así se da. El narrador en la novela es el tío de un muchacho que va contando la historia de la familia. El muchacho, ya terminando la obra, tiene 25 años, el tío es aventurero, se radica en Cali y desde aquí cuenta la historia de la mina. Si extraemos el capítulo penúltimo encontramos una obra de teatro representada con marionetas. Narra desde que Colombia le vendió los derechos a Francia para construir el canal, el fracaso de los ingenieros, la venta a los norteamericanos. El ingeniero Lesseps sufriendo por el fracaso, la angustia por la fiebre amarilla y las penurias económicas. Lesseps no tenía experiencia con el trópico.

Bunnau Barilla fue un negociador astuto que infló el espíritu nacionalista de los panameños coadyuvado por el traidor Amador. El gobierno de Marroquín fue débil en sus negociaciones. Sus palabras cargadas de cinismo, “Por qué se quejan, recibí un país y les devuelvo dos”, producen escozor. El Teatro Popular de Bogotá (TPB) tiene a montaje titulado *I Took Panamá*, pero en mi libreto se abordan otros tópicos ausentes allí.

(...) Mis novelas no son propiamente históricas,
efectuó una rigurosa investigación, pero le doy
libertad a la imaginación.

Mosquera y Obando

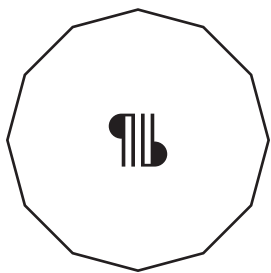
El gobierno de Melo, a mediados del siglo XIX, está inscrito en medio de las disputas de Mosquera y Obando, con la intervención de Arboleda. A pesar de la enemistad de Mosquera y Obando, cuando el golpe de Melo, el primero reaccionó en contra, otra ironía: Obando murió defendiendo la causa de Mosquera. Nuestro país está repleto de promesas inconclusas.

Desde 1812, en Antioquia se le ofreció la libertad a los esclavos para que participaran en las batallas de independencia, Bolívar los arrastra en su ejército, después les incumple por la culpa de algunos constituyentes que concurrieron a Cúcuta y decidieron aprobar apenas la libertad de partos y solo en 1851, con José Hilario López, obtienen la libertad.



Este libro se terminó de editar en julio de 2025,
tras tres años de valiosos ajustes y revisiones.

En su preparación se utilizaron tipos
Minion Pro y Calisto MT.





Este libro nos muestra cómo su autor ha ido depurando su arte hasta convertir el cuento en el precipitado artístico de un trozo de la vida. Es mucho haber alcanzado tal grado de expresión en un género tan difícil a una edad bastante temprana y cuando el camino inicia apenas. Hay aquí cuentos que satisfarían exigencias de la recia crítica, que nos resarcirán espiritualmente el tiempo que dediquemos a su lectura. Y su bondad intrínseca nos dice claramente que quien los escribió es uno de nuestros buenos cuentistas y será tal vez pronto uno de los mejores. Los que conocemos su afán de perfección, sabemos que sus primeros éxitos no habrán de satisfacerlo y que la bondad artística alcanzada no lo detendrá en la busca de más altas realizaciones.

Aurelio Arturo

EDITORIAL
uninorte



Editorial
Universidad
Icesi



Editorial

ISBN 978-628-7538-95-5



9 786287 538955